

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

HORROR EN LOS ESTUDIOS FILMSTAR


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

309 — ¡Matad, Malditos, Matad!, *Clark Carrados*.
310 — No enterradme hasta morir, *Curtis Garland*.
311 — El archipiélago del horror, *Ralph Barby*.
312 — Las fauces del dragón, *Clark Carrados*.
313 — La muerte juega al ajedrez, *Joseph Berna*.

CURTIS GARLAND

HORROR EN LOS ESTUDIOS FILMSTAR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 314
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 2.230 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Era simplemente un telegrama.

Un telegrama breve. Con las palabras justas:

> SU GUIÓN HA SIDO ACEPTADO. EL RODAJE SE INICIARA EN BREVE PLAZO.
>
> ROGAMOS SE PERSONE LO ANTES POSIBLE EN NUESTROS ESTUDIOS DE BURBANK.
>
> SALUDOS: A. GRIFFITH, POR FILMSTAR PRODUCTIONS.

Blake Hartman casi pegó un respingo al leerlo. Era lo último que hubiera esperado leer, tras el repetido fracaso de su empeño por conquistar Hollywood. Un Hollywood que, ciertamente, ya no era el de antes, el de la época dorada. Pero donde aún quedaban Estudios cinematográficos en pie, donde aún se hacían algunas buenas películas, otras menos buenas pero bastante comerciales, y donde los productores de la televisión rodaban la mayoría de sus estúpidas series de telefilmes. Naturalmente, a Blake Hartman no le atraía la televisión, pero inicialmente había tenido que aceptar un encargo para unos pocos guiones de la TV que, cuando menos, si no iban a darle precisamente demasiada gloria como autor, sí le permitían ir sobreviviendo en la difícil jungla de Los Angeles y sus distritos cinematográficos, gracias a lo que la productora de televisión le pagara por el trabajo.

Y ahora, de repente, cuando ya había empezado a planear su marcha de la ciudad, para olvidarse de que existía algo llamado Cine, y tenía preparado virtualmente su equipaje, vacío de ilusiones rotas, llegaba el telegrama.

Había sido la última intentona. Una productora ya apenas recordada por la gente, pese a que en sus tiempos de esplendor hiciera todo el cine de terror y de «suspense» que había pasado a la historia, la Filmstar. El envío de una copia del guión... y a esperar.

De eso hacía ya más de un mes. Había desesperado de recibir respuesta alguna vez. Y allí estaba ahora el telegrama. La respuesta. Posiblemente el principio del éxito.

Iban a hacer su película. Era increíble.

Increíble y maravilloso, a la vez.

Blake empezó a sacar nuevamente las cosas de su equipaje. Su moral había subido muchos puntos desde que abriera el inesperado mensaje telegráfico. Era un hombre diferente. Esto sí podía significar el inicio de una etapa nueva y diferente. El inicio de su éxito final como escritor cinematográfico.

Aun así, no quería hacerse demasiadas ilusiones. No quería pensar que todo lo malo quedaba ya atrás. A fin de cuentas, le gustaba pisar tierra firme,

no soñar y luego caer de las nubes y descubrir una realidad mucho más ingrata que la imaginada en sus sueños. La propia experiencia le había enseñado a ser así. Luchar en la vida con la sola ayuda de una máquina de escribir y un talento de escritor, no es fácil ni mucho menos. Son pocos los que intentan llegar a algo con esas solas armas. Y son aún muchos menos los que realmente llegan.

Pero había que celebrar, cuando menos, la gran noticia. Consultó su pequeña cuenta.

No necesitaba mirar talonarios ni comprobar cartillas de ahorros para eso. Había hecho su última extracción de fondos justamente la semana anterior. El saldo que quedaba a favor, era ridículo, de solamente dos dólares. Y en su bolsillo, quedaba la totalidad de fondos disponibles: exactamente ciento doce dólares y sesenta centavos, según contó con rapidez.

Momentos antes, eso hubiera significado angustia y desmoralización. Ahora, era diferente. Muy diferente. Había esperanzas. Había un telegrama. Una película en el horizonte. Valía la pena hacer una excepción y salir de casa esa noche, para divertirse un poco y beber algo a la salud de su nueva suerte.

Y eso es lo que hizo Blake Hartman.

Un par de horas más tarde, Blake se hallaba en un buen restaurante del centro de la ciudad, encargando el mejor menú de la carta, y un vino de excelente marca. Era sólo el principio de su noche de celebración. Cierto que sólo podía limitar sus lujos a aquellos ciento doce dólares, pero estaba seguro de llegar al límite de sus posibilidades con auténtico placer. Al otro día, empezaba posiblemente una nueva etapa de su vida. Y aunque la Filmstar no fuese ya lo que fue, él sabía que, cuando menos, un contrato con ellos equivaldría a unos miles de dólares y la posibilidad de abrirse camino en el difícil mundillo cinematográfico con más brillantez que la conseguida hasta entonces.

Tenía que hacerlo... y lo haría. Esta era la ocasión. Ahora... o nunca. Esperaba, por tanto, que fuese ahora. Y ya estaba celebrando ese hipotético éxito de antemano. Fue una cena realmente deliciosa, de las que rara vez había podido permitirse, sobre todo últimamente. Blake salió satisfecho del restaurante, y se encaminó a un bar donde hubiera música y chicas. Sobre todo, chicas.

Al menos, en ese terreno no había necesitado nunca dinero. Su juventud, su apostura varonil y su propia personalidad, le bastaban para conquistar a las chicas, sin tener que buscar el amor a precio.

Esta noche no fue una excepción. Apenas hubo entrado en un bar y pedido un whisky, mientras escuchaba música, una joven se sentó junto a él.

—Hola —le saludó—. ¿Me invitas a algo?

—No me sobra el dinero, encanto —dijo Blake, sonriendo—. Una copa, y nada más. Y no pidas nada caro.

—Está bien, no te alarmes —rió ella, cruzándose de piernas—. Seré comedida.

Pidió un combinado, mientras extraía cigarrillos de su bolsillo. Blake encendió uno para ella, y luego él tomó uno. Se miraron a los ojos. Ella era joven, pero no demasiado. Vista de cerca, se descubrían ligeras rayas en las comisuras de sus labios y en torno a sus ojos claros. Pero era rubia, aparentaba tener veinticinco años aunque pasara de los treinta, y sus pechos eran grandes y bien formados. Sus piernas, al estar sobre el taburete, cruzadas una sobre la otra, mostraban generosamente unos firmes muslos redondeados, que iban a morir en los límites de una braguita color rojo oscuro.

—Buena chica —aprobó él, pagando las consumiciones al barman.

—¿No tienes mucho dinero, verdad? —preguntó ella, aunque era casi una afirmación.

—No, no demasiado —rió él entre dientes—, ¿Te preocupa eso?

—Claro que no —ella meneó la cabeza—. Eres joven y atractivo. El dinero no cuenta demasiado en esas circunstancias. Pero deberías probar suerte en el cine.

—Ya lo intento. Sólo que no tengo demasiada suerte.

—Pues hay muchos galanes que no te llegarían a la suela del zapato, encanto — ponderó ella—. Eres un chico estupendo.

—Creo que no me has entendido bien —dijo Hartman—. No intento ser actor, sino escritor.

—¿Escritor, dices? —ella le miró asombrada—. Vaya, eso sí que tiene gracia. ¿Tú escribes?

—Lo intento, al menos.

—No sé cómo lo harás, pero yo que tú cambiaría de idea. Preséntate como aspirante a actor. Seguro que te contratan y te llevas al público femenino de calle.

—Eso es muy halagador. ¿Cómo te llamas?

—Sandy. ¿Y tú?

—Blake. Si vuelvo a fracasar, te prometo que intentaré lo que tú indicas. Nunca se sabe dónde tiene uno su verdadero porvenir.

—Oh, eso es sencillo. Basta con que te mires al espejo para comprender que eso es lo que debías de hacer. A tu salud. Y porque cambies de idea pronto.

—Por nosotros —Blake elevó su whisky y brincó con la rubia Sandy.

Siguieron su charla. Apuraron sus vasos. La rubita sorprendió a Blake.

—Ahora, invito yo.

—No, no —rechazó vivamente el joven guionista—. No tengo mucho dinero en los bolsillos, preciosa, pero eso no significa que me guste que las mujeres me paguen las cosas, te lo aseguro.

—Lo sé. Pero vas a dejarme que, por una vez, invite yo. ¿Conforme?

—Está bien, pero sólo una vez. Luego, invitaré yo. Y si quieres, iremos a otro sitio más divertido.

—Naturalmente que iremos —asintió ella, entusiasmada—. Vamos a pasarlo en grande tú y yo, Blake.

Sandy no mentía. La rubia era un torbellino. Bebía, bailaba y besaba con la misma facilidad. Además, no le bastó con recorrer cinco o seis locales nocturnos. Al final, tomó a Blake de una mano.

—Ahora, nos vamos a casa—dijo.

—¿A casa? —vaciló Blake, cuyo nivel de whisky era ya bastante elevado—, ¿A qué casa, Sandy?

—¿A cuál va a ser? A la mía. Tengo un bar bastante bien surtido. Y whisky del que te gusta a ti: auténtico bourbon de Kentucky.

—No creo que sea un bar lo que yo necesite ahora —bostezó Blake, dando un traspié en la acera mojada por el riego de la madrugada, y mirando luego su reloj—. Son casi las cuatro, y tengo que estar a las nueve en un sitio... Una cama es lo que yo necesito, preciosa.

—¿Crees que tampoco tengo una cama? —Se burló la rubia, rodeándole con un brazo—. Vamos, vamos. Después del bar, te aseguro que tendrás la cama que necesitas... Ven, terminemos la fiesta, querido...

Blake Hartman era débil cuando una mujer le pedía algo. Sobre todo, si esa mujer era como Sandy, y si él tenía la dosis de whisky que ahora llevaba encima. De modo que cedió.

Cedió... y a las nueve de la mañana, apresuradamente, se levantaba de una cama revuelta, entre cuyas sábanas yacía la rubia Sandy, desnuda como él, exhibiendo sus hermosos senos y su cuerpo espléndido. Ella dormía profundamente. Blake se lavó y vistió como pudo, dejó una nota a la muchacha, y abandonó el apartamento sin que ella hubiera despertado de su profundo sopor.

Cuando Blake entró en los Estudios Filmstar y se vio en un espejo, se llevó un buen susto. Por un momento, pensó que alguno de los horribles monstruos de la firma andaba suelto por las oficinas. Pero no era ningún monstruo, sino su propia cara la que estaba viendo en el espejo.

—Madre mía —gimió—. Parezco Drácula emergiendo de la tumba.

Cuando fue recibido en un despacho luminoso y alegre, dentro del viejo recinto de la productora especializada en cine de tenor, una expresión irónica asomó al rostro de la mujer que iba a atenderle. Una mujer joven, pelirroja, atractiva.

—¿De verdad se encuentra bien esta mañana, señor Hartman, o es éste su aspecto habitual? —preguntó ella, burlona.

—Lamento asustarla —confesó Blake de mal humor—. Anoche celebré por anticipado este éxito de mi guión... y creo que me fui a dormir demasiado tarde. Habitualmente, suelo estar más presentable, se lo aseguro.

—No lo dudo —rió suavemente ella—. Peor, no podría estar. Pero siéntese, por favor. Bromas aparte, me presentaré. Soy Samantha Harris, script de esta productora, especialmente del señor Von Kraff, y a la vez encargada del Departamento de Guiones. Creo que tenemos que hablar de su guión... y extender el correspondiente contrato.

—Encantado de conocerla, señorita Harris —dijo Blake—. Espero que

todo resulte bien. ¿Realmente les ha gustado el guión?

—Yo fui la primera en leerlo, y me gustó. Luego se lo pasé al señor Griffith, nuestro productor, y coincidió conmigo. Finalmente, lo ha examinado el señor Von Kraff, y aunque ha puesto algunas breves objeciones, también ha considerado muy acertado su guión.

—Vaya, me alegra esa coincidencia de criterios. Espero que las objeciones del señor Von Kraff puedan ser fácilmente subsanadas.

—Lo serán. Bien, señor Blake, tengo la oferta del señor Griffith aquí. Y teniendo en cuenta que ésta será la última película que se rodará en los Estudios Filmstar, ha pensado que debe hacerse sin regatear medios.

—¿La última? —Parpadeó Blake—. ¿No van a rodar más?

—No, ya no. La Inmobiliaria Ajax, que tiene adquiridos la mayoría de los terrenos colindantes, para una urbanización importante, ha hecho una oferta muy ventajosa, y el señor Griffith, aun lamentándolo, tiene que aceptarla. El cine ya no es un gran negocio hoy en día. Y menos nuestro cine de terror. En la calle hay ahora suficientes horrores como para dejar pálidos a esos entrañables monstruos que tanto hemos admirado.

—Será una lástima el día que cierren esto —murmuró Blake.

—Sí, lo será. Pero nadie resiste el paso del tiempo. Las épocas cambian. Hollywood ya no es el que era. Nada lo es, señor Hartman. Bien, dejando aparte sentimentalismos y nostalgias, le diré que la oferta que tengo del señor Griffith para usted es de veinticinco mil dólares al contado en el momento de la firma de contrato, y otros quince mil al término del rodaje del filme. ¿Está conforme con esas condiciones?

—Cuarenta mil en total... —Hartman dominó su sobresalto ante la cifra—. Pues no, no está nada mal, señorita Harris. La verdad es que había esperado menos.

—No se le ocurra decir eso a nadie —sonrió ella—. El señor Griffith tiene sangre judía en sus venas, y tal vez se acordase de ella, para regatearle la cifra. En cuanto a Von Kraff, diría que es usted un hombre demasiado modesto, Y a él no le gustan los modestos. Es la encarnación misma de la arrogancia, la inmodestia y lo presuntuoso. Von Kraff siempre fue así. Es un rasgo de su personalidad. Nunca admite haberse equivocado, fracasado o hecho algo erróneo. Todo lo suyo es perfecto. Si alguien se equivoca, son los demás.

—Evidentemente, es un tipo muy engreído.

—Tiene a gala serlo. Cuando sus películas no tuvieron éxito, ¿fue por culpa de su calidad o por fallos de dirección? No, nunca. Fue el público quien se equivocó al no apreciar sus cualidades. Así es él.

—Lo tendré en cuenta, señorita Harris.

—Sí, es mejor. Le irrita la gente humilde y con modestia. Y se enfurece con los que presumen más que él o tratan de censurarle. Vale más que se enfurezca a que le desprecie, señor Hartman. Es un consejo. Ahora, hablando de lo fundamental, ¿acepta las condiciones ofrecidas?

—Cielos, claro que sí —rió Blake—. Ahora que no me oyen el señor Griffith ni el señor Von Kraff... es una oferta excelente. Me siento feliz, créame.

—Le creo —ella también sonrió, con simpatía, poniéndose en pie—. Sé cómo debe sentirse, si le ha sido duro el camino recorrido. Venga, firmará ese contrato, y recibirá el cheque por sus veinticinco mil dólares iniciales.

El joven guionista, partió entusiasmado, en pos de la joven Samantha, cuya esbelta figura taconeaba ante él, mientras el sol penetraba por los ventanales, dando un matiz cobrizo brillante al color caoba de su cabello ondulado.

CAPITULO II

Un mundo de emociones nuevas se abría ante Blake Hartman. Y aquél era sólo el umbral.

Un cheque por veinticinco mil dólares. Un guión a punto de rodaje. Y nuevas y esperanzadoras amistades en el dorado mundo del cine. De un cine que había hecho las delicias de su niñez, de un director que había llenado su adolescencia con terroríficos e inefables títulos de celuloide horripilante. Y con actores y actrices que ni en sueños pudo imaginar que fuesen a protagonizar su obra.

—No puedo dar crédito a mis ojos —confesó, con un suspiro, cuando hubo firmado el contrato y recogido su copia, firmada por el propio Aldo Griffith, el gran productor del cine terrorífico de los últimos treinta años.

—¿Por qué? —Sonrió Samantha Harris con ironía—. ¿Por el número de ceros que siguen a las cifras dos y cinco?

—No, no es por eso —rechazó Blake con aire ofendido, aunque doblando cuidadosamente el preciado papelito verde contra el First National Bank de Los Angeles—. Me refería a lo demás...

—¿Lo demás? Oh, entiendo —rió, guardando el contrato original en una carpeta que guardó cuidadosamente bajo llave—. Es usted un verdadero romántico, Hartman.

—¿Romántico? ¿Por qué?

—¿Y aún lo pregunta? Usted se siente feliz con su película, ¿no es cierto? Ya sueña en lo que un especialista podrá hacer con ella, como es el caso del gran maestro del Terror, Helmut von Kraff...

—No es sólo eso. Es ver los nombres que tienen en el posible reparto. Como un sueño, señorita Harris.

—Un sueño algo apolillado —reflexionó filosóficamente ella.

—¿Cómo?

—No, ijada. Usted no lo entendería. Pero es lógico que los novatos vean en todo esto un mundo de ensueño, de doradas ilusiones. Yo conozco ya el ambiente, y sé por desgracia que las cosas no son como imaginaba.

—¿A qué se refiere?

—No, a nada —se evadió Samantha hábilmente—. En fin, lo cierto es que he hablado con Sandor Lukas en persona esta misma mañana.

—¿Y...?

—Y ha aceptado —sonrió ella, benevolente, mirándole con afecto—. Firmará mañana su contrato. El será el gran monstruo de su guión, Hartman.

—Nada menos que Sandor Lukas —suspiró Blake, anonadado—, Parece imposible. El hombre que rivalizó durante años con Boris Karloff, con Bela Lugosi, con Lon Chaney, hijo...

—Sí. Y últimamente, con parejas como Abbott y Costelo u Olsen y Johnson... — Samantha meneó la cabeza—. No se haga demasiadas ilusiones,

Blake. Lukas está viejo, demasiado viejo, a mi juicio.

—Pero siempre fue un gran actor —protestó Blake.

—Siempre fue un gran actor y un genio de la caracterización, eso es todo —le desilusionó ella—. En cuanto a la estrella femenina... será Vera Conway.

—Vera Conway —Blake entornó los ojos—. La ingenua más maravillosa del cine de terror.

—Sí, Hartman. Fue la ingenua mejor de ese género, no hay duda. Pero de eso hace ya tiempo. Ahora, Vera Conway tiene cuarenta años. Se conserva muy bien. Pero...

—Oh, ¿es que pretende amargarme la vida? —se quejó él—. Es usted una derrotista terrible, señorita Harris.

—Soy realista, simplemente. Cuando llegué aquí hace tres años, pensaba lo mismo que usted. Luego, conocí a los artistas del elenco de la Filmstar, vi rodar algunas películas, descubrí un mundo que ignoraba, tras el cartón-piedra y la escayola de los decorados. Un mundo que empezó a darme asco.

—¿Asco? —Blake enarcó las cejas—. ¿A qué se refiere?

—A todo. Yo también, como usted, soñé en la oscuridad de alguna sala cinematográfica, durante mi infancia, e incluso en mi adolescencia, viendo esas películas maravillosas, donde el monstruoso Sandor Lukas perseguía a la dulce Vera Conway, ya fuese por las arenas del desierto o el brumoso Londres si era una momia, por Transilvania si era vampiro, por Alemania y Francia si era un hombre-lobo, o por cualquier lugar del mundo si era Frankenstein o el Hombre Invisible. Luego, estaban otras inefables criaturas de ficción, personificadas por la rubia platinada Joyce Logan, la «vamp» habitual de los filmes de Von Kraff. Y el malvado villano Adolphe Montagu, y la morena, sofisticada y hermosísima Mae Morgan, casi siempre en papeles misteriosos y exóticos, desde una diosa india estrangulador hasta una mujer-reptil o una maligna sacerdotisa egipcia. Sí, Hartman. Era un mundo de sombras y de ficción. Demasiada ficción, demasiadas sombras.

—¿Quiere decir que la decepcionaron todos, absolutamente todos?

—Algo parecido. Aprendí a ver que esas gentes son sólo seres humanos, como usted o como yo, con más defectos que virtudes. No se quieren entre sí aunque lo finjan, no quieren sino seguir triunfando, sin darse cuenta de que, como los seres estereotipados que interpretan ante una cámara, son gente pasada, viejos, simples fantasmas de otro tiempo. No son nada, y se creen todo. Tal vez ahora, con su guión, van a ver frente a sí la realidad en toda su descarnada crudeza. Porque ese será su último filme, y después llegará el olvido. La tumba se cerrará sobre todos ellos, con sus enmohecidas bisagras. Una tumba hecha de carcoma, polvo y vejez. Pero ellos, que no admiten esa verdad, se van a ver tremendamente afectados cuando ello suceda.

Blake no dijo nada de momento. Paseó por el despacho, reflexionando. De repente, incluso el cheque de veinticinco mil dólares parecía quemarle en el bolsillo. Se volvió a Samantha. La miró, sombrío.

—De modo que me va a tocar ese papel. Ser el sepulturero de todos ellos.

—Algo así, Hartman.

—Ahora empiezo a entenderlo.

—Entender ¿qué?

—Por qué aceptaron mi guión —Blake se mostró repentina hostil y duro —. Es como el réquiem por la productora. Y por todo su elenco. Y por una etapa de la Historia del Cine. Voy a ser el sepulturero de todos los que admiré durante mi infancia y mi adolescencia. La Filmstar quiere levantar una grande y hermosa hoguera como tributo a todos sus héroes ó antihéroes. ¿Y qué mejor que un glorioso final, un apoteosis para todos ellos... sepultándolos después para siempre en el olvido que, a fin de cuentas, es una forma como otra cualquiera de morir?

—Quizá exagere —admitió ella, dubitativa—. Personalmente, me gustó su guión por razones ajenas a lo que dice. Pero admito que la productora puede haber pensado así. Especialmente, un hombre: Aldo Griffith.

—¿El productor?

—Sí. El es el primero en sufrir al tener que liquidarlo todo: productora, actores, películas, recuerdos, pero es un hombre de empresa por encima de todo, y tiene que hacerlo, le guste o no, o se vería en la ruina. En el caso de tener que llevar a cabo ese acto inexorable, él deseaba hacerlo con toda grandeza, como un tributo final de su firma a los que le dieron gloria, fama y dinero.

—Y entonces...

—Y entonces, eligió su guión.

—Sí, eso es. ¿Y por qué lo eligió? Porque hay sangre, terror, crímenes, monstruos y bellas ingenuas, porque todos tienen su papel. Será la última traca de la Filmstar. Y de sus grandes estrellas ya caducas...

Calló Blake. Samantha Harris asintió despacio, mirando pensativa hacia el exterior, donde el sol tenía de bellos dorados, verdes y ocres las colinas de Burbank.

—Sí, Hartman —admitió la joven script de la Filmstar—, Tiene razón. Creo que eso es lo que ha ocurrido realmente.

—¿Y cree que puedo sentirme orgulloso o feliz porque haya sido yo el elegido para ese dudoso honor de ver morir a todos los viejos ídolos en una hoguera final, todo lo gloriosa que se quiera, pero que a fin de cuentas no hará sino quemar del mismo modo a todos esos antiguos gigantes del cine de terror en un holocausto irremisible y triste?

—Todo lo que vive, muere alguna vez, Hartman —le recordó ella gravemente, —Lo sé, lo sé. Si no hubiera sido mi guión, alguien se hubiera sacado una idea cualquiera de la cabeza, para convertir su final en un apoteosis de celuloide. Supongo que será en color, pantalla panorámica y todo eso, ¿verdad?

—Pues sí —sonrió Samantha—, Dicen todos que la sangre «da» bastante bien en color.

—Bien, no puedo hacer nada por evitar que las cosas sean como son. Pero

de todos modos, no me siento hoy nada feliz, a pesar de ese contrato, de este cheque y de todo lo demás.

—Y me reprochará a mí todo eso, ¿verdad? ¿Cree que traté de amargarle la fiesta?

—No sé si lo intentó o no, pero lo hizo —manifestó con sinceridad Blake.

—Lo siento. No era ése mi propósito. Sólo quería que la decepción no le llegase más tarde.

—Pues lo ha logrado también —Blake meneó la cabeza—, No se preocupe. Como usted dice, hay que ver las cosas por dentro para saber cómo son realmente. He vivido muchos, años deslumbrado por los focos, los maquillajes y los decorados, es evidente. Pensé que esas criaturas de ficción eran reales, y en ellas estaba pensando cuando escribí mi guión, bueno o malo. Lo único que lamento, es que haya servido precisamente para derribar el pedestal de barro de mis pobres ídolos lejanos.

—Habla como si estuviera resentido conmigo.

—Quizá lo esté. No le dé la menor importancia, señorita Harris. Después de todo, yo también formo parte de esta fea danza de falsos ídolos. Ahora empiezo a subir. Es posible que ni siquiera llegue más arriba. Pero si llegase, también caeré un día, y alguien como usted, dirá de mí cosas como las que acaba de decir de los demás.

—Eso suena casi a grosero —se irritó ella, enarcando las cejas y mirándole con cierta agresividad.

—No fue ésa mi intención, señorita Harris. Pero en lo sucesivo, le agradeceré que no trate de hacerme bajar a la tierra nuevamente, cuando me vea flotando entre nubes. Es más hermoso vivir en bellas mentiras, que rodeado de feas realidades.

—Lo tendré en cuenta, Hartman —el tono de ella fue duro y seco—. Pero recuerde que lo único tangible y cierto en la vida, son esas verdades, por feas que resulten, y no las mentiras que a nosotros nos gustan.

—Eso, nunca lo he dudado. Pero no necesito que nadie me lo recuerde.

—Muy bien —echó a andar altivamente hacia la salida—. Creo que, aunque usted sea el nuevo guionista de Filmstar, y yo tenga que mantener con usted una relación profesional durante el rodaje de 1a película, a eso exclusivamente se reducirá en lo sucesivo nuestro contacto, señor Hartman. Le agradeceré mucho que, bajo ningún pretexto ni en momento alguno, piense usted tratarme de otro modo. Porque, sintiéndolo mucho, en ese mismo momento daría por terminada incluso esa fría relación rutinaria con su persona, ¿está eso claro?

—Mucho —asintió Blake—. Se ha sentido ofendida, señorita Harris. No le han gustado mis palabras.

—Eso es obvio —la voz de la joven era en estos momentos cortante y fría como una hoja de acero—. Ahora, tengo muchas otras cosas que hacer. Le telefonearé para notificarle el día de inicio del rodaje y de su entrevista previa con los señores Griffith y Von Kraff, para el comienzo de la actividad.

Calculo que ello no será antes de la próxima semana, si bien todos los decorados están ya listos, puesto que se utilizarán los que la productora ya posee en sus estudios, así como la utillería y material adecuados. Hasta entonces, señor Hartman, buenos días.

Fue su seca despedida. Blake no dijo nada. Se limitó a mover ligeramente su cabeza, en señal de saludo, y abandonó el recinto de la Filmstar, regresando al centro de Los Angeles, todavía con la cabeza aturdida, el acre sabor reseco de su boca, tras el exceso de bebida de la noche antes, y su aspecto desaseado y torpe de aquella mañana.

Tuvo que reconocer que no había empezado con muy buen pie su relación con los Estudios de la Filmstar. Cuando menos, la primera entrevista con Samantha Harris, la joven y bonita script de la productora, había sido un completo desastre. Sin embargo, no se lamentaba por ello.

Samantha era una joven de gran atractivo físico e indudable eficiencia, pero no le había gustado su modo de criticar y zaherir a los demás. Había algo en ella que no entendía.

Una persona tan joven, en buena lógica, no podía guardar hiel para los que, ya al fin de su carrera, se enfrentaban con el siempre temible fantasma del olvido y de la decadencia, especialmente en el mundo del cine o del teatro.

Se preguntó Blake si ella, realmente, pensaba todo lo que decía de ellos, sí aquellos ídolos suyos serian tan despreciables en el fondo, o si era en ella donde estaba lo censurable y lo negativo.

Pero Blake Hartman, ahora, tenia veinticinco mil dólares en su bolsillo, y eso era una suma fantástica para un hombre como él. Además, al término del rodaje, otros quince mil dólares a su cuenta. Cierto que era su primera y su última película con la Filmstar, pero... De todos modos, era un principio en el mundo del cine. Tal vez la despedida de los monstruos sagrados del cine de terror de Hollywood, fuese sonada. Y su guión, por tanto, apreciado en su justo valor por otros productores avispados. Era una posibilidad. Una gran posibilidad.

Blake Hartman vivió una semana inolvidable. Con dinero, tiempo libre y el ánimo dispuesto, un hombre joven podía hacer maravillas en cualquier parte, pero especialmente en Los Angeles.

Y él sabía vivir, sobre todo cuando disponía de dinero para ello.

Esa semana de alegres noches, y días de resaca, terminaron bruscamente cuando su teléfono sonó aquella mañana y, todavía bajo los efectos de otra noche borrascosa, respondió con voz ronca:

—¿Sí? Hartman al aparato. ¿Quién llama?

—Soy Aldo Griffith, de la Filmstar —sonó una voz clara y jovial—. Le espero hoy en los estudios, señor Hartman. Es usted nuestro nuevo guionista. Y la película se inicia mañana. No falte, por favor. Le espero.

—Sí... sí, señor Griffith —respondió torpemente al productor de las películas que significaron algo en su niñez y en su adolescencia—. Estaré ahí en seguida.

—Perfecto. Le espero, amigo mío. Así conocerá ya al señor Von Kraff y a los actores de su película. Confío en que quedará satisfecho. Va a ser, posiblemente, la mejor película de terror de nuestra firma...

Colgó. Y Blake Hartman, una vez más, se quedó mirando estúpidamente el vacío, y preguntándose qué diablos de cara y de aspecto ofrecería ante los ojos de Aldo Griffith aquella mañana. No pudo evitar recordar su entrevista con la joven Samantha Harris, y torció el gesto. Decididamente, sus contactos con la Filmstar siempre estaban marcados por el sello de la resaca.

Una ducha fría, un zumo de tomate y un café, bastaron para que se entonase un poco más. Se rasuró cuidadosamente, y su aspecto quedó al fin relativamente aceptable.

Entonces emprendió el camino hacia los Estudios Filmstar, de Burbank.

El no podía saberlo en ese momento.

Pero estaba iniciando el largo camino hacia el horror. Un horror que iba a llenar su vida. Y la de muchas otras personas.

Un horror que, sin pretenderlo, él mismo había desencadenado con la simple aprobación de un guión cinematográfico, por parte de la productora Filmstar.

* * *

Los Estudios Filmstar.

Era como entrar en un fantástico y siniestro mundo de otro tiempo, en una ciudad gótica de increíble y sombría belleza.

Blake Hartman estaba demasiado familiarizado con aquellos perfiles de falsa piedra, con aquellas formas tétricas de callejuelas, iglesias, castillos y cementerios que formaban los exteriores habituales de las películas allí rodadas. Hasta el punto de que, por un momento, fue como revivir todas juntas las viejas películas de horror salidas de aquellos Estudios.

El mismo pueblo eslavo de callejuelas empedradas, el mismo viejo castillo en ruinas, la abadía entre árboles sarmentosos, los pantanos que la falsa bruma del hielo seco convertían en marjal de terrores sin fin... Tantos y tantos escenarios para la galería de monstruos de la productora. Ahora podía verlos de cerca. A la luz del sol.

Ahora, descubría el cartón-piedra, la escayola, los soportes de madera tras las fachadas, los focos dispuestos en las altas pasarelas... En suma, el lado ficticio de todo aquel mundo que él había llegado a imaginarse real y corpóreo, en las viejas y soñadas sesiones de cine de terror, en cualquier sala de programas populares, sobrecogido en su butaca, siguiendo la acción absorto, impresionado.

Contempló una vez más cuanto le rodeaba, dentro del recinto de los Estudios, y oyó el comentario que proporcionó a su lado la voz jovial de un hombre maduro, como Aldo Griffith, el productor nostálgico:

—Todo esto dejará de existir pronto, amigo mío. Ha llegado su fin. Las

excavadoras alisarán estos lugares, arrasarán los decorados, convirtiéndolos en simples montones de escayola y de cartón deslucido. Los Estudios desaparecerán. Y una época del cine habrá muerto para siempre...

Blake no dijo nada. Tenía la mirada fija en una bella cripta de falso mármol y piedra, de la que a veces habrían surgido hermosas mujeres-vampiro o siniestros cadáveres descarnados.

Fue la dura voz de Helmut von Kraff la que lo hizo en su lugar:

—Estamos habituados a esa idea, Griffith. Ya hemos hablado de ello muchas veces. Usted es un financiero. Usted sabe lo que tiene que hacer.

—Los tiempos cambian, Helmut —suspiró el productor—. Usted sabe que la Filmstar ya no vende sus productos fácilmente. A la gente ya no le interesa el terror. O, cuando menos, no este terror que nosotros hicimos famoso en el mundo del cine. Son otra clase de miedos y de angustias los que hoy dan dinero: grandes cataclismos, catástrofes gigantescas, terrorismo político, sangre en las calles, tiroteos, asesinatos morbosos, sadismo sexual y todo eso. Yo me siento incapaz de cambiar las normas de la Filmstar. Nadie nos vería haciendo otro género. Y vale más terminar dignamente, antes de que esto se arruine totalmente.

Blake sí intervino en esta ocasión con tono grave:

—¿Qué edificarán aquí, cuando la Filmstar sea sólo un recuerdo de cine-club?

—Una urbanización —se estremeció Griffith, como si la idea le causara más horror que toda su galería de inefables criaturas monstruosas—. Una enorme y cara urbanización llamada Rainbow Town. Vea, ésa es la inmobiliaria que me pagará tres millones de dólares por estos terrenos.

Blake miró adonde señalaba el productor. En vecinas propiedades, las excavadoras habían adelantado ya mucho su labor destructora. Viejas mansiones de «estrellas» de cine retiradas o muertas, Estudios de segunda fila, solares...

En todas partes, un gran cartel de vivos colores, anunciaba:

URBANIZADORA AJAX NUEVA URBANIZACIÓN RESIDENCIAL RAINBOUTOWN.
OBRAS EN CURSO. PRÓXIMA INAUGURACIÓN

—Entiendo —asintió Blake, pensativo.

—No, usted tal vez no entienda, amigo mío —Aldo Griffith apoyó su mano cordialmente en el hombro del joven escritor, y le miró lealmente a los ojos —. Usted es un hombre que recuerda y ama una época del cine que coincidió con su infancia. Por eso ha escrito ese guión, y por eso vamos a rodarlo, como un réquiem digno para la Filmstar. Para usted, debe de resultar altamente doloroso todo esto. También para mí, aunque no lo crea. Llevo este trabajo en mis venas, y era feliz con mis películas. Pero la vida impone una serie de desagradables sacrificios a todos nosotros. Este negocio está en la ruina. Las

pérdidas se acumulan y, con ellas, las deudas. Nuestra última película costó medio millón de dólares, que es una cifra ínfima, en comparación con los presupuestos de las grandes productoras de Hollywood. Pues bien, ni aun así hemos logrado enjugar déficits, y llevamos perdida más de la mitad de esa cifra en su explotación. .No podría resistir mucho tiempo este ritmo sin arruinarme y arruinar a personas que confían en mí como financiero. Por eso liquido la Filmstar. Esos tres millones, bastarán para pagar deudas, liquidar atrasos y salvar lo mínimo salvable. Eso es lo que me gustaría que usted comprendiese, amigo Hartman.

—Lo estoy intentando —admitió el joven—. Comprendo que tiene toda la razón. Pero quizá esta película salve aún a los Estudios...

—No, Hartman, eso sería soñar. Soñar imposibles, muchacho, Yo sé que mis «estrellas» ya no son taquilleras. Y mis películas, tampoco. Sólo deseo entonar este canto del cisne y terminar de una vez. Pero eso sí, no vamos a escatimar gastos ni trabajar sin entusiasmo. Von Kraff ha leído el guión, y encuentra que su calidad es superior a la media normal en este tipo de cine. Quiere también poner de su parte todo lo posible por hacer una última y dignísima película, aunque sólo quede para filmotecas y cine-clubs, haremos algo realmente bueno. Pero no espere que lleve al público en masa a las salas de espectáculos. Eso, por desgracia, es sólo una utopía irrealizable, seamos sinceros.

Blake no supo qué contestar. Griffith, evidentemente, debía de haber sido optimista alguna vez en su vida, pero no lo parecía. Y quizá tuviera razón. El conocía mejor que nadie lo que llevaba entre manos.

—¿Los de la inmobiliaria ya saben que vamos a rodar un último filme? —indagó de pronto Blake, señalando a los grandes carteles anunciadores.

—Por supuesto —asintió Griffith—. Están impacientes. Querían que el rodaje durase solamente dos semanas, para ocupar sus máquinas el terreno y empezar la tarea demoledora. Pero tendrán que esperar lo que dure, aunque sea un mes o dos. Está en el contrato de venta bien estipulado. Ese Gregg Edwards es un tipo ladino e implacable que lo prevé todo. Si llegáramos a obtener dinero por otros medios, él sabe que yo anularía nuestro contrato, y no le gusta la idea de rodar otro filme, por la publicidad que ello trae consigo. Cuanto antes logre meter aquí sus máquinas y derribar todo esto, mejor se sentirá él.

—¿Ese Gregg Edwards es el capataz de las obras?

—Algo más que eso, Hartman. Edwards es el presidente de la Inmobiliaria Ajax. ¿Comprende ahora su interés?

—Sí, desde luego —Blake se volvió al hombre imperturbable, de monóculo en el ojo, bigote de altas guías y cuello recio, teutónico, que era Helmut Von Kraff, y le interrogó—: ¿Cuánto cree que puede durar el rodaje de la película?

—Eso nunca se sabe —encogióse de hombros el famoso director de cine terrorífico, mientras clavaba sus ojos, muy azules y fríos, en el joven guionista

—. Pero si todo va bien, no menos de un mes, ni más de mes y medio.

—¿Cree, realmente, que resultará una buena película? —dudó todavía Blake.

Los ojos de Von Kraff parecieron taladrarle, helados y duros.

—Si no lo creyera, no lo haría —manifestó secamente—. Voy a intentar hacer mi mejor película, se lo aseguro. Aunque sólo sea para lamentarnos después todos nosotros de que estos Estudios ya no existan... Sí, amigo mío. Su guión es sinceramente bueno, sobrepasar la pantalla, e inundar al espectador, dándole más terror del que jamás podrá volver a experimentar.

A Blake le pareció una promesa exagerada por parte del veterano y casi mítico realizador. Pero lo cierto es que nunca imaginó que pudiera resultar tan profética.

CAPITULO III

La pasta y los postizos iban ajustándose al rostro del actor, y las manos del maquillador moldeaban detalles, siguiendo siempre las instrucciones severas y tajantes del propio maquillado, que contemplaba su nuevo físico monstruoso, en el espejo del camerino.

Era el retorno —y seguramente la despedida definitiva de Sandor Lukas, el mito viviente, el auténtico creador de monstruos de la Filmstar. El hombre cuyo rostro y físico nunca parecían el mismo, por obra y gracia de sus asombrosas caracterizaciones y su fácil adaptabilidad al físico más o menos deforme de cualquiera de sus obsesivos personajes.

—¿Qué le parece, muchacho? —preguntó, con una sonrisa perdida bajo su maquillaje, a Blake Hartman, en pie a la puerta del camerino, contemplando fascinado la labor de metamorfosis del viejo maestro.

—Admirable —ponderó Blake, con total sinceridad.

—Usted es uno de los pocos jóvenes que entienden de estas cosas —resopló el fornido actor, apartando con un gesto altanero a su maquillador, y contemplando a Hartman a través del espejo—. Hoy en día, la gente no da mérito a nada, se burla de los viejos moldes, y ni siquiera sabe crear otros mejores. Sólo sirven para increpar y censurar a los demás, sin hacer ellos nada positivo por mejorar las cosas. Y eso, en todos los órdenes de la vida. Yo admito que todo esto esté algo pasado. Yo mismo lo estoy ya.

—No diga eso —rechazó Blake—. Usted es aún Sandor Lukas, el mejor.

—Gracias, mi joven amigo, pero las cosas no son tan bonitas —la sonrisa, bajo el maquillaje, se tornó amarga—. Aún dan ciclos de mis películas en la televisión, es cierto, de vez en cuando. Pero también los dan de Eddie Cantor o de Will Rogers, y nadie se acuerda ya de ellos. En ocasiones, una filmoteca o un cine especializado exhibe algún viejo filme mío y se ocupan cinco o seis filas de butacas para verme. ¿Quiénes van? Los nostálgicos, los que quieren recordar su época, no la mía. Griffith tiene razón. Esto se acabó. Vale más echar el telón, muchacho.

—No todos pensarán igual...

—Oh, no, no todos —rió, y el maquillador, disgustado, retocó unas grietas abiertas en su rostro—. Ya escuchará a Adolphe Montagu o a Vera Conway. Aún se creen el hombre más seductor y la mujer más cautivadora. Pero son espectros del pasado, como yo.

—¿No tiene fe en esta película?

—¿En la suya? Claro, Hartman. Si no, no la haría, créame. Tengo fe en ella. Y en su guión. También en Von Kraff. Hará lo mejor, estoy seguro. Será un hermoso apoteosis para todos, a fin de cuentas. Quizá incluso de dinero. Pero para entonces, los Estudios ya no existirán.

Blake asintió lentamente. Echó una nueva ojeada al rostro monstruoso de Sandor Lukas, el monstruo más terrible de todo el guión, como había sido

siempre su obligación, y caminó por el corredor, hacia el Set 9, donde se iba a iniciar el rodaje. Miró su reloj.

Se había hecho muy tarde ya. Exactamente las siete y media de la tarde. Estaba oscureciendo en el exterior, pero Griffith y Von Kraff insistían en dar la primera vuelta de manivela, iniciando el filme esta misma tarde. Habían invitado a muchos periodistas al acontecimiento. Tristemente, sólo uno acudió, el más chismoso y cáustico de todo Hollywood: Maxwell Taylor, del Screenland.

No era más que otro claro indicio de la decadencia y desinterés que rodeaban a la Filmstar y su trabajo. Blake, desolado, observó el desencanto en todos los rostros, cuando la larga mesa de viandas frías y bebidas sólo acogió a dos escépticos y aburridos invitados: el periodista Taylor y Gregg Edwards, el poderoso Presidente de la Inmobiliaria Ajax, hombre de gran estatura, atlética complexión, rostro anguloso, nariz halconada y boca prieta y delgada, que rara vez sonreía, al menos con sinceridad.

Adolphe Montagu, ex villano de gran fama en otro tiempo, elegantemente vestido de smoking, junto al traje de noche negro y verde de Vera Conway, la ingenua de otros tiempos, reflejaba más que nadie el desaliento y la decepción ante el fracaso de la que había imaginado una gran fiesta social, capaz de catapultarles de nuevo a la fama y al éxito.

La cruda realidad, sin embargo, no pareció hacer mella en Griffith o en Von Kraff, quizá porque ellos se habían imaginado algo así desde un principio.

—Brindemos por el éxito de la nueva empresa —decía alzando su copa, cuando Blake entró en el Set 9, Maxwell Taylor. Y había un claro sarcasmo en la expresión de sus brillantes ojos negros—. Por el último gran éxito de la Filmstar.

—Amén —añadió, con dudoso gusto, Gregg Edwards, alzando también su vaso de whisky.

Bebieron. Griffith fingió una sonrisa, en una triste mueca. Von Kraff se limitó a escudriñar glacialmente al reportero y al hombre de empresa.

—Y ahora, señores, se iniciará el rodaje —sonó la voz fría de Von Kraff quien, volviéndose a Griffith, añadió—: Cuando quiera.

—Vamos allá —asintió el productor.

—¡Luces! —tronó la voz de Von Kraff, convertida de repente en una especie de hoja de acero capaz de cortar incluso el aire.

Se encendieron en los telares numerosos focos. La luz se hizo resplandeciente en el set.

El decorado, cobró perfiles nuevos e inquietantes, bajo la claridad, mezcla de blancos y azules. Era como una noche de luna llena, en una escena clásica: un antiguo laboratorio subterráneo, repleto de extraños instrumentos. La luz de la falsa noche, entraba por los barrotes de una alta ventana.

—¡Cámara! ¡Acción! —ordenó Von Kraff, incisivo.

Zumbó el motor de la cámara. Esta comenzó a deslizarse en un largo

travelling.

Encuadró una puerta pequeña, metálica. Esta chirrió, comenzó a abrirse...

Fue Lukas, el gran Sandor Lukas, quien se perfiló en la entrada. Con su espantosa faz, con su cuerpo contrahecho, sus manos crispadas, la furia en sus ojos, ahora brillantes y feroces, como inyectados en sangre.

Blake asistía, impresionado, al rodaje del primer plano de su filme. Le parecía increíble haber escrito él todo aquello y verlo ahora ante sí, hecho realidad.

Miró de soslayo. A Aldo Griffith le centelleaban los ojos de excitación. El rostro teutónico de Von Kraff, era una simple mole de granito, imperturbable. Junto a él, Montagu y la rubia Vera Conway, la bella ingenua de otros filmes, luchando ahora con sus más de cuatro décadas de edad, también mostraban su fascinación ante lo que constituía su mundo de siempre.

Sólo el empresario Edwards bostezaba, indiferente, y el periodista Taylor miraba con despectiva indiferencia la escena, tal vez a punto de soltar la carcajada.

Y la soltó.

Ello fue cuando emitió Lukas su gruñido feroz, y agitó sus manos crispadas. Lo hizo muy bien. Pero era un terror viejo y anacrónico. El periodista se rió estruendosamente.

—¡Corten! —El rostro de Von Kraff era una mancha grana. La cólera le invadía. Se volvía al reportero—. Señor, si no le gusta, márchese. Es lo mejor que puede hacer. Pero no moleste en el trabajo ni nos ofenda a todos.

—Espere, Helmut —trató de arreglar las cosas Griffith, conciliador, para no indisponerse quizá con la Prensa—. Yo hablaré con Taylor y...

—Escuche, Griffith, no tolero altanerías, ¿entiende? —masculló el periodista airadamente—. He venido aquí, lleno de buena voluntad, y no estoy dispuesto a permitir que su legión de fantasmas me insulte y me eche de aquí como a un vagabundo. Si cree que le puede interesar a algún lector todo esto que hacemos ahora, está totalmente equivocado. Como tampoco interesa a nadie la basura de sus películas, viejas y ridículas. Pero aún va a interesar menos cuando mañana escriba yo ciertas cosas sobre esta estupidez que van a rodar, para poner fin a una productora que ya se enterró a sí misma hace muchos años. Ahora, buenas tardes, señores.

Se apartó, eludiendo los esfuerzos de Griffith, y avanzó resuelto hacia la salida. Pero no contó con Blake Hartman. Ni con su súbito directo al mentón, que se estrelló en el hueso de Taylor como un cartucho de dinamita, y lo arrojó dando volteretas contra un muro del set. Atónito y dolorido, el periodista encontró ante sí la figura belicosa del joven escritor.

—Escuche, sabandija —silabeó Blake con energía—. Me tiene sin cuidado que insulte a mi persona y diga que mi guión es una bazofia. Pero tiene usted poca talla para venir aquí a ofender a personas que se ganaron la vida durante años con mucha más dignidad de la que usted y muchos de su profesión tienen y demuestran en su tarea. Todo lo que escriba, podrá hacer daño o no,

según la estupidez de sus lectores, pero será un alto honor para la Filmstar que una raía miserable como Maxwell Taylor se meta con ella. Ahora, lárguese antes de que me arrepienta y vuelva a sacudirle.

Taylor masculló algo, una sorda amenaza, entre dientes, comprobando que había algo de sangre en la comisura de su labio. Pero apresuró su marcha, para alejarse de Blake, cuando éste hizo acción de pegarle de nuevo.

Todos contemplaban en silencio la escena. Y solamente alguien, sin poderse contener, estalló en aplausos, gritando jovialmente:

—¡Bravo, muchacho! ¡Eso es lo mejor que he oído decir a uno de esos miserables chupatintas de la Prensa, en muchos años! Dios bendiga su valor, Hartman.

Blake se volvió, sonriente. Meneó la cabeza, contemplando con simpatía al que había hablado.

—Gracias, Lukas —dijo al «monstruo» oficial de la Filmstar—. Tal vez me excedí. Pero hay individuos a los que nunca pude soportar. Y ese Taylor pertenece a su especie...

Regresaba junto a todos ellos, cuando en el exterior sonó un largo y terrible alarido. Se volvieron todos, llenos de asombro.

—Esa voz... —silabeó Griffith—. Ha sido de Taylor. ¿Qué le ocurre?

—Yo iré —dijo con rapidez Samantha Harris, levantándose de su silla de script con rapidez—. Veré lo que sucede ahora...

Antes de que llegara a la salida del set, la puerta metálica de éste se abrió, y aparecieron dos personas en su umbral.

Una, era un viejo de uniforme azul oscuro, con el emblema de la Filmstar en el pecho, y una gorra de plato en su mano. Se trataba del viejo conserje de los Estudios, Aaron Kern.

Le acompañaba un hombre en silla de ruedas, que fue quien habló:

—No se asusten, mis queridos amigos. No ocurre nada. Pero pudo haber ocurrido lo peor. Por fortuna, avisé a tiempo a ese individuo tan apresurado que intentaba salir de los estudios. Ahora, debe estar llorando y reponiéndose de la impresión. Jamás vi a nadie más asustado —y rió entre dientes, con una jovialidad que a Blake se le antojó siniestra.

—Pero... ¿qué es lo que ha pasado realmente, Toland? —se interesó Griffith, avanzando hacia el hombre de la silla de inválido.

—No lo sé. Ni tu conserje tampoco parece saberlo, Aldo —confesó el recién llegado encogiéndose de hombros—. Yo acabo de llegar. ¿Por qué no le cuentas lo que pasa, Kern?

El conserje estaba muy pálido. Carraspeó, antes de hablar:

—Bueno, verá, señor Griffith. Me he dado cuenta a poco de dar entrada en los Estudios al señor Toland, con su silla de ruedas. Su coche se marchó, con su chófer, para venir a recogerle más tarde. Entonces, sonó el teléfono de la cabina, y acudí a la llamada. Una voz que no pude reconocer, me dijo algo así como: «Cuidado, Kern. Ya no puede entrar ni salir nadie. La alambrada de los Estudios está electrificada. Con alta tensión. Sería la muerte para cualquiera.

Y no intentes llamar a nadie del exterior. Los teléfonos dejan de funcionar en este mismo momento.» Sonó un chasquido en la línea y, en efecto, ya no me fue posible ni siquiera llamar a este Estudio. Ninguna línea telefónica funciona.

—Eso no tiene sentido —gruñó Griffith, atónito—, ¿Y con el exterior?

—Nada, señor. Lo intenté muchas veces. Todo fue en vano. No hay línea alguna.

—Kern me lo contó, excitado —dijo benignamente el inválido, con una sonrisa que parecía mofarse de todo aquello—. Y en ese momento, apareció ese tipo a la carrera, avanzando hacia la verja. Le grité algo, y ni siquiera me oyó. Entonces arrojé mi bastón contra la red metálica de la puerta. Apenas tocó en ella, soltó un trallazo de luz y chispas que ha dejado, convertido en piedra a ese necio. De modo que quien llamó a Kern no mentía. Esas vallas están electrificadas con alto voltaje. Quien se acerque a ellas y. las toque, se convertirá en una fea barbacoa.

—¿Quién pudo decirle eso por teléfono? —era Blake quien interrogaba ahora a Kern, el conserje.

—Lo ignoro, señor.

—¿No reconoció su voz?

—No, señor.

—Pero le llamaron por su nombre, Kern...

—Aquí, todos saben que me llamo Kern —sonrió el conserje—. Pudo ser cualquiera.

—¿Hombre o mujer? —insistió Blake.

—Hombre... Bueno, parecía un hombre..,

—¿Lo parecía? ¿Es que no lo sabe?

—No, no. No lo sé. Era una voz susurrada, muy baja. Podía ser un hombre... o una mujer disfrazando su voz.

—Ya —Blake se volvió a Griffith. Los demás formaban una piña de pálidos rostros—. ¿Qué piensa de eso?

—No sé qué pensar —el productor meneó la cabeza—. No tiene sentido.

—Pero ha ocurrido —le recordó Toland, el inválido.

—Infierno, sí. Y apenas llegaste tú...

—Te aseguro que no tuve nada que ver en ello —rió el hombre de la silla de ruedas—. No tendría mucha lógica. Si yo entré, es que todo estaba en orden. Mi coche se alejó, Kern pudo verlo. Y apenas unos segundos más tarde... ocurría todo. La llamada, la desconexión de líneas... y la electrificación de las vallas.

—Pero eso significa... ¡qué estamos encerrados aquí!

Era la voz de Gregg Edwards, el presidente de la Inmobiliaria Ajax, la que exponía la situación en toda su crudeza. Blake se volvió a él con escasa simpatía. El hombretón aparecía lívido y furioso, como si alguno de ellos tuviera la culpa de lo que sucedía.

—En efecto, señor Edwards —dijo Hartman fríamente—, Estamos

encerrados en los Estudios. No podemos salir de ellos, nadie puede entrar... y no podemos avisar a nadie para que nos ayude, puesto que no hay líneas telefónicas. Extraño, ¿no? E inquietante. Pero yo no escribí esta escena en mi guión, se lo puedo asegurar.

—Cierto —asintió Aldo Griffith—, Por ello mismo, es ahora, justamente, cuando empiezo a sentir miedo, amigos míos...

* * *

—¿Miedo?

—Sí, eso dije: miedo.

—¿A qué, señor Griffith?

El productor contempló en silencio a su interlocutor durante unos momentos. Su gesto era meditativo, preocupado incluso.

—Me gustaría saberlo —confesó—. Lo malo es eso: que no lo sé, Hartman.

—Mucha gente en el mundo tiene miedo. Pero habitualmente, sabe a qué teme.

—Usted lo tuvo alguna vez? —Contraatacó el productor.

—Como todos —sonrió Blake—. Tuve miedo, sí. Miedo al hambre, a la miseria, al fracaso, a la muerte...

—La muerte... —la repetición de Aldo Griffith llegó casi como un eco lejano—. Es el mayor temor de todos los humanos. Esta misma tarde, un hombre pudo morir.

—¿Se refiere al periodista Taylor?

—Sí, por supuesto. ¿A quién si no?

—Estaba pensando en ese hombre inválido, Toland. El entró en los Estudios Filmstar solamente unos minutos antes de ser electrificada la valla metálica. Pudo ser él quien muriera.

—Sí, por supuesto. Pero solamente Taylor estuvo a punto de tocar la alambrada electrificada. Toland le salvó la vida.

—¿Quién es Toland, exactamente?

—¿Cómo? —Se asombró Griffith—. ¿Y usted no le recuerda?

—Su nombre me suena de algo, pero...

—Es Ben Toland. En su tiempo, fue el mejor actor, junto a Montagu y Lukas, en las películas de la Filmstar.

—Ben Toland... —los recuerdos de Blake parecieron materializarse de nuevo en su mente—. Sí, ya veo. Ahora he podido recordar. Ben Toland, otro de los grandes artistas de su tiempo. Pero creí que estaba muerto...

—Se le dio por muerto por un error periodístico. Quedó inválido tras un accidente automovilístico. Ya nunca volvió al cine, salvo en dos o tres papeles de inválido, al estilo de Lionel Barrymore. Luego, dejó todo esto. Los negocios le iban bien. Y olvidó el cine.

—Parece que no del todo —sonrió Blake—. Ha vuelto por aquí hoy...

—Bueno, todos sabemos lo que es esto; una especie de veneno que se mete en las venas. Pero ha sido como asistir a un funeral.

—¿El de la Filmstar?

—Sí, eso es.

Hubo un silencio. Blake miró más allá de la vidriera del despacho de la productora, donde en vano había intentado comunicar con el exterior Aldo Griffith, desde hacía más de media hora, usando toda clase de teléfonos. El reloj eléctrico del muro, marcaba ya las nueve de la noche.

Y el silencio era lo único que se percibía por los auriculares.

Fuera, se habían encendido unos focos, para tratar de llamar la atención de los automovilistas, pero era inútil. La carretera que pasaba junto a los Estudios Filmstar, camino de las colinas de Burbank, no estaba ya muy frecuentada a aquellas horas. Y unos focos no tenían nada de extraño en una productora de películas. Nadie acudiría por ello. Aproximarse a la verja metálica, alta y tupida, era como suicidarse. De modo que no había muchas posibilidades de avisar a nadie sobre lo que sucedía en el interior de la empresa. Aparte de ello, el intento de cualquier persona, de penetrar en el recinto de los Estudios, significaría su muerte cierta. Ya lo habían comprobado. Incluso el golpe de un simple clavo sobre la verja, levantaba miríadas de chispas, con un centelleo deslumbrante. Eran miles de voltios en acción.

Al fin, fue Blake quien habló de nuevo, poniéndose en pie.

—¿Por qué, señor Griffith?

El productor se volvió. Clavó sus ojos en él.

—¿Por qué... qué? —quiso saber, frotándose nervioso las manos.

—Usted me entiende. Esto. Todo esto.

—Ya —Griffith tragó saliva. Meneó la cabeza—. No sé. No lo entiendo.

—¿Algún enemigo?

—No, que yo sepa.

—¿Personal?

—No, no.

—¿Profesional?

—Tampoco. Ya nadie hace esta clase de películas. No hay competencia, Hartman.

—Pero tiene que haber una explicación.

—Claro. Sólo que yo no la veo.

—¿Acaso... Edwards? —sugirió el joven.

—¿Gregg Edwards? —Abrió Griffith sus ojos—. ¿Por qué?

—Es lo que yo le pregunto. Quizá quiera que esto acabe lo antes posible. Hay empresas que pierden millones por día, con esas cosas de las especulaciones de terrenos, y asuntos así.

—No es posible. A él le da igual. Sabe que esto será suyo, ocurra lo que ocurra. No gana nada con provocar problemas.

—De todos modos, los problemas existen. Y alguien los creó —Blake le

miró, pensativo, con una repentina sospecha—, No será usted mismo el que ha montado esta farsa para dar publicidad a su película...

—¡Cielos, Hartman, su imaginación le hace decir disparates! —Protestó Griffith, angustiado—. ¿Yo iba a poner vidas humanas en peligro, sólo para promocionar una película?

—No sé. Han pasado a veces cosas raras en la publicidad. Vivimos unos tiempos en que la moral importa poco.

—Pues ha ido demasiado lejos en sus suposiciones, Hartman —se mostró ahora el productor disgustado y hasta ofendido—, Yo jamás jugaría sucio. Y menos aún habiendo vidas en juego...

Blake no dijo nada. Hizo un gesto elocuente, miró de nuevo al reloj, y paseó por el despacho crudamente iluminado en la noche.

—Henos aquí —dijo al fin bruscamente, parándose en seco—. Un grupo de cineastas, un periodista bilioso y un hombre de empresa lleno de ambiciones y de dólares, encerrados entre altos muros electrificados, sin teléfono y sin medios de comunicar con el exterior. Rodeados de platos cinematográficos, de decorados góticos, de monstruos maquillados y de hemoglobina para imitar la sangre, con el rodaje del último gran filme de terror... Apresados. Aislados. Amenazados, diría yo.

—¿Amenazados? —Griffith se irguió, sobresaltado—. ¿Nosotros?

—¿Aún lo duda? ¿Por qué cree que hizo alguien todo eso? ¿Por qué alguna persona conectaría un cable de alta tensión a la alambrada, cortaría todos los teléfonos y se molestaría en avisar telefónicamente para advertirnos de los hechos?

—Me lo he preguntado varias veces. Supongo que sólo quieren asustarnos.

—Si Maxwell Taylor hubiera dado unos pasos más y Toland no le hubiese avisado, la cosa no hubiera sido solamente un susto,, esté seguro.

—Pero entonces, ¿qué pretenden? ¿Por qué intentar matar a nadie?

—Esa es mi pregunta inicial: ¿por qué, señor Griffith? Es lo que no entiendo. Y eso, justamente, es lo que más me asusta.

—¿Qué cree que podemos hacer? —se movió inquieto Griffith. _

—Personalmente, imagino que hay que buscar un medio para intentar salir de aquí con vida. Mientras tanto... rodemos.

—¿Qué? —parpadeó el productor, sorprendido.

—Rodemos —sonrió duramente Blake—. Tenemos la noche perdida, al menos de momento. ¿Por qué no aprovecharla para seguir filmando la película?

—La gente estará tensa, nerviosa...

—Tanto mejor. Recuerde que la película es de terror. Eso dará más verismo a las escenas. Es cruel, pero... puede resultar un buen modo de pasar la noche sin excesivas tensiones. El trabajo relaja, usted debería saberlo,

—Yo lo sé. Pero ¿lo sabrán ellos? Los he visto bastante asustados...

—Quizá lo estén. Eso les ayudará a actuar mejor ante las cámaras, y a olvidar en parte su miedo. Sólo alguien puede que no tenga miedo y se ponga

nervioso al ver que seguimos trabajando normalmente.

—¿Quién? —se intrigó el productor, enarcando las cejas.

—La persona que electrificó las verjas y llamó por teléfono a Kern, el conserje —dijo apaciblemente Blake—. Tal vez un asesino en potencia...

CAPITULO IV

—¿Un asesino?

—¿Por qué no? De no mediar la intervención de Toland, el reportero Taylor hubiera muerto carbonizado, contra la verja. Eso es un asesinato. O de llegar Toland sólo unos momentos más tarde, hubiera sido él quien, al tocar la entrada, hubiese caído fulminado por una descarga de alta tensión. El que electrificó esa verja, sabía bien cuál era el riesgo. Y no le importó que éste existiera o no.

—Por tanto, usted cree que no le importa en absoluto una vida humana... —comentó Samantha Harris, mirando pensativa a Hartman,

—Ni una, ni dos. Quizá ninguna.

Estaban sentados en el pequeño bar de los Estudios, ahora carente de personal de servicio. El propio conserje, Aaron Kern, ayudado por Vera Conway, estaba preparando cafés para todos. Alguien había pedido cenar algo, pero el contenido del frigorífico era más bien escaso. Pan de molde, salchichas, algo de queso, mermelada y mantequilla. Eso era todo lo que tenían para alimentarse esa noche, si antes no podían solicitar alguna ayuda para que la verja quedase sin electrificar o se podía reparar el averiado teléfono.

Blake se había sentado solo, en una apartada mesa, mientras los demás charlaban entre sí. Hacía poco tiempo que otras dos mujeres se reunieron con los demás, ante el mostrador.

Eran la morena y sensual Mae Morgan, de facciones exóticas y tez aceitunada, especialista de siempre en mujeres diabólicas o sofisticadas. La segunda mujer, de cabello totalmente platino, era la «vamp» oficial de la Filmstar, Joyce Logan. Ambas mujeres habían alcanzado ya virtualmente la cuarentena, pero se mantenían jóvenes y seductoras aún. Sólo muy de cerca, si la luz era lo bastante fuerte, se podían descubrir en sus bellos rostros las huellas del tiempo, disimuladas hábilmente por el maquillador de la casa, Oscar Leeds.

Un momento antes, Samantha, pese a la corriente inicial de antipatía surgida entre ambos, se había aproximado con su taza de café a la mesa, sentándose con él.

—Le veo muy pensativo —dijo ella de repente, volviendo a romper el silencio.

—¿No es lógico que lo esté?

—Esto no forma parte del guión que usted ha escrito. No tiene por qué buscarle una solución.

—De esa solución pueden depender nuestras vidas y las de otras personas. Me estoy preguntando todo este tiempo por qué han hecho una cosa así. Y sólo se me ocurren dos explicaciones.

—¿Cuáles son?

—Para aterrorizarnos, simplemente. O para mantenernos aislados del exterior durante un período de tiempo. Pongamos durante toda esta noche, ya que mañana puede rozar alguien la valla desde el exterior, casualmente, causándose la muerte, y poniendo así sobre aviso a las autoridades sobre lo que esté sucediendo dentro de los Estudios.

—Ambas explicaciones pueden ser válidas —admitió Samantha—. Supongamos que es la segunda. ¿Quién ganaría algo encerrándonos a todos aquí durante toda una noche?

—No lo sé. Tal vez Griffith, que vería promocionada mañana su película de un modo espectacular, cuando los periodistas cuenten lo sucedido en los Estudios Filmstar.

—Me parece monstruoso. No creo capaz al señor Griffith de hacer una cosa así.

—Yo tampoco. Es sólo una posibilidad, señorita Harris. —Además, cuando alguien telefoneó a Kern, avisándole de que los teléfonos estaban cortados, el señor Griffith estaba con nosotros, en el set número 9.

—Cierto. Ya he pensado en ello.

—¿Y ha pensado en las personas que estaban ausentes del set!

—Desde luego. Tenemos a Toland, el inválido. Pero Toland estaba delante de Kern en ese momento. Ambos tienen así su coartada, unida a la de Maxwell Taylor. Los demás estaban en el rodaje... con la excepción del maquillador Leeds y de las actrices Joyce Logan y Mae Morgan.

—Veo que ha estudiado muy bien el asunto —comentó ella, sorprendida, mirándole a los ojos.

—Tenía que hacerlo —sonrió débilmente Blake—. Soy escritor. Leo y escribo relatos de intriga. Este asunto me fascina, porque aparentemente no tiene ningún sentido. Pero yo veo en él algo horrible, siniestro, algo que empieza a aterrarme, sin saber qué pueda ser.

—¿Tanto miedo tiene? —y había casi un tono de burla en la voz de la joven script y secretaria.

—No hablo sólo por mí... sino por todos ustedes.

—¿Por nosotros? Ella enarcó las cejas, escéptica—. ¿Quién podría desearnos algún mal?

—Lo ignoro. Pero insisto en ello: el que ha hecho esto, es un auténtico criminal. Y busca algo que no puede ser sino trágico y violento.

—¿Qué, por ejemplo?

—La muerte —dijo con sequedad Blake, sin desviar un ápice sus ojos de ella—. La muerte de alguno de nosotros, estoy seguro.

Siguió un tenso silencio. Los ojos expresivos de Samantha recorrieron inquietos la pequeña cafetería, como si de repente viera en cada una de las personas allí presentes un enemigo en potencia, un ser diabólico y amenazador, oculto bajo el rostro amable y familiar, como si éste fuese solamente una de aquellas máscaras engañosas que la habilidad profesional de Oscar Leeds fabricaba para las criaturas de ficción de los terroríficos filmes de

la productora de Griffith.
—Dios mío... —susurró roncamente—. Pensar que cualquiera de ellos podría estar planeando la muerte de alguien, sin que podamos pedir ayuda al exterior, aislados aquí inexorablemente... Es una idea estremecedora.
—Sí, lo es. Y, sin embargo, resulta la más lógica, dadas las circunstancias.
En ese momento, un cercano chirrido metálico les hizo girar la cabeza. El coche de ruedas de Ben Toland se aproximaba a ellos lentamente. El anciano actor, inmovilizado por un antiguo accidente durante el rodaje de una película de la Filmstar, traía en una de sus manos una taza de café caliente. Les miró con una sonrisa apacible en su rugoso rostro, bajo los nevados cabellos, suaves y limpios, que llegaban casi hasta sus hombros.
—Buenas noches, joven parejita —saludó con voz afable—. ¿Acaso son novios ustedes dos?
—Oh, no —se apresuró a replicar Samantha, enrojeciendo de súbito hasta la raíz de sus cabellos—. El señor Hartman es... es el guionista de la película en rodaje, señor Toland. Estábamos charlando de lo que sucede, eso es todo.
—Sí, claro, entiendo muy bien —asintió con una sonrisa cáustica el inválido. Luego, miró a Blake con curiosidad—. ¿De modo que usted es el joven talento que ha planeado y escrito el revival de los monstruos de la Filmstar?
—Eso pretendía. Pero veo que el revival va a ser solamente el apoteosis final. Los Estudios desaparecerán junto con todos sus monstruos habituales, el día que dé fin al rodaje de mi película, señor Toland. Lamento de veras no haber pensado en un papel para usted. Como creí que estaba ya totalmente retirado del mundo del cine...
—Y lo estoy, hijo, y lo estoy —suspiró Toland—. Esta silla de ruedas me ata a un mundo diferente. Pero he estado hablando de ello con Aldo, No me gustaría morirme sin haber vuelto a asomar a la pantalla, y menos aún tratándose de la última traca del género. Me hará aparecer en un pequeño papel, el del viejo guardián del torreón. El dijo que no cree que usted ponga reparos a que ese personaje sea un inválido...
—¿El guardián del torreón? Pero si sólo tiene cuatro o cinco frases, señor Toland. Es poco papel para usted...
—Será suficiente, se lo aseguro. ¿De modo que usted accede a ello?
—Cielos, nunca hubiese tenido yo mejor idea. Claro que accedo gustoso. Y gracias por ello. Será un honor contarle en el elenco de mi película, se lo aseguro.
—Gracias a usted, muchacho —apuró su café, dejó la taza en la mesa, y palmeó suavemente el hombro de Blake—. No sabe lo que eso significa para mí. Por ello volví hoy a los Estudios. Veo que no fue una buena idea, la verdad. Pero ¿quién iba a pensar en una cosa así? Sólo un loco hubiese podido electrificar esa cerca y cortar las líneas telefónicas.
—¿Usted cree que quien lo hizo está loco? —Indagó Blake, curioso.
—Por completo —asintió el actor inválido, moviendo afirmativamente la

cabeza—. Lo malo es que me temo que sea una locura muy peligrosa.

—Sí, en eso estamos de acuerdo —suspiró Blake, ceñudo.

Entonces sonó la voz serena de Aldo Griffith, junto al mostrador de la cafetería:

—Amigos míos, escuchadme todos —dijo. Y cuando todos habían girado su cabeza hacia él, añadió con firmeza—: Hemos intentado todo lo posible para comunicarnos con el exterior. Es en vano. Aaron Kern tiene un emisor de radio, pero la electrificación de la valla provoca una interferencia muy fuerte que imposibilita comunicar con la onda de la policía o de algún radioaficionado. De modo que, ante la imposibilidad material de salir de aquí en toda la noche, les propongo algo a todos para olvidar nuestro nerviosismo y distraer estas horas, se podría continuar el rodaje, hasta el amanecer. Con la luz del día, será más fácil intentar algo positivo. ¿Qué les parece mi idea?

Hubo un murmullo y movimientos aprobatorios de cabeza. Maxwell Taylor, que parecía haber reaccionado tras el susto sufrido ante la verja, se limitó a gruñir:

—Hagan ustedes lo que quieran. Yo sigo pensando que todo esto es una maldita farsa para hacerse publicidad gratuita, Griffith.

—Váyase al diablo —rezongó el productor, airado—. No sé por qué tuvo que salvarle la vida Toland. No se merece usted ni la molestia de verle con vida cerca de uno, Taylor.

—Creo que todos estamos de acuerdo con tu idea, Aldo —admitió Sandor Lukas, cuyo maquillaje monstruoso se había deteriorado bastante a causa del sudor—. Estamos dispuestos a trabajar toda la noche, Será lo mejor para todos.

—Sí, de acuerdo —asintió por su parte la platinada vampiresa Joyce Logan, dejando de mordisquear un emparedado—, Haremos lo que digas, Aldo.

—Gracias. Sois todos muy buenos compañeros —suspiró Griffith—. Vamos al set.

Dentro de dos horas haremos un refrigerio. Kern se encargará de todo eso, vaciando cuanto hay en el frigorífico. Adelante, amigos.

Se inició la marcha hacia el estudio, quedándose solos en el bar Aaron Kern y el periodista Taylor, que no parecía nada interesado en asistir al rodaje del filme. Incluso Toland siguió al grupo, haciendo rodar su silla, tarea en la que espontáneamente le ayudó Samantha, ante la mueca de gratitud del viejo actor.

Momentos después, entraban todos en el set 9 de la Filmstar, donde se hallaban los decorados de las primeras escenas del plan de rodaje. Los electricistas se habían retirado por su parte a un pequeño local que tenían junto a los sets y decorados fijos, para tomarse un refrigerio.

Solamente el cámara, de la productora, Art Miller, se había quedado en el set, sentado ante su cámara de filmación. Daba la impresión de haberse dormido en su silla, a la espera de la decisión dé sus jefes.

—Vamos, Miller, preparados —dijo con su habitual rudeza Helmut Von Kraff, ajustándose el monóculo, como un viejo personaje de opereta—. Hemos decidido rodar toda la noche... si usted no tiene inconveniente, claro está.

Esperaron su respuesta. Blake Hartman se había aproximado el primero hasta el asiento de Art Miller. Le contempló. Y supo que, ciertamente, el cameraman no tenía nada que objetar a la decisión de sus superiores.

Los muertos, ciertamente, nunca discuten las decisiones ajenas.

Y Art Miller estaba muerto.

El rostro de Blake era una pálida máscara cuando se enfrentó a los demás, para informarles con voz ronca:

—Será mejor que las mujeres no vean esto. No es agradable ver cómo a un hombre le han cortado la cabeza de este modo.

Lo dijo con escalofriante sencillez. Pero entonces, alguien rozó la silla del cameraman, y ese simple movimiento bastó.

Del cuello sangrante de Art Miller, la cabeza de éste rodó al suelo, como un pesado balón, rebotando sorda, siniestramente, en el linóleum del estudio.

El hecho fue tan espantoso, que hubo un alarido colectivo, y la eterna ingenua Vera Conway, como en cualquier melodrama de la Filmstar, se desmayó en brazos del eterno galán, Adolph Montagu,

La cabeza decapitada, contemplaba con ojos desorbitados y horribles, desde un rostro amoratado y abotargado, de irreconocibles facciones, la escena de pánico que su presencia provocaba.

Pero aquellos ojos inyectados en sangre no veían no verían nunca más coja alguna. Lo último que debieron ver en este mundo, con el natural horror, fue el momento en que su asesino descargó sobre su cuello el terrorífico hachazo capaz de una mutilación tan limpia.

* * *

—¿Un hacha?

—No cabe otra posibilidad, Una hoz o una guadaña, hubiesen dejado una huella diferente. Fue un hacha tremendamente afilada, estoy seguro. Y el que hizo el impacto, tenía una fuerza considerable. Después, tuvo el macabro gesto de depositar de nuevo la cabeza sobre el cuello seccionado, como si nada hubiese ocurrido.

—Es... es espantoso —jadeó Griffith, enjugándose el sudor que humedecía su lívido rostro.

—Espantoso, sí —asintió Blake Hartman, contemplando el bulto cubierto por una sábana, al fondo del estudio—. Ahora ya sabemos por qué está sucediendo todo esto. Alguien decidió matar. Y puede hacerlo impunemente. No hay posibilidad alguna de salir de aquí o avisar a la policía. Estamos indefensos... con un loco entre nosotros. Un loco asesino muy peligroso.

—¿Un loco? ¿Por qué cree que está loco el que mató a Miller? —terció en

la conversación Adolphe Montagu.

—Tiene que estarlo. Ese modo de matar, el detalle de colocar la cabeza encina, como en un juego de grand guignol... Denotan una mente cruel, enferma, con un macabro sentido del humor, propio de un desequilibrado. Ningún ser normal haría algo así.

—Me alegra que coincidamos, muchacho —la voz de Toland tenía cierta jovialidad para sonar en un momento tan tenso y difícil para todos—. Yo también lo dije, ¿recuerda? El que electrificó la valla y cortó el teléfono era un chiflado. Es la misma persona que mató a Miller, podría jurarlo.

—Pero ¿quién mató a Miller y por qué? —jadeó el maquillador Oscar Leeds.

—De momento, no hay respuesta para eso —comentó Blake, encogiéndose de hombros—. Lo único cierto es que hay una víctima. Mis temores se confirman. Esperemos que todo acabe aquí.

—¿Qué quiere decir? —se inquietó Helmut von Kraff.

—No, nada —eludió Hartman, sombrío. Y se volvió a Griffith para preguntar—: ¿Qué podemos hacer ahora?

—No lo sé. Von Kraff es un gran cámara. Pero imagino que no es momento de continuar el rodaje.

—¿Por qué no? —Objetó vivamente la morena y sofisticada Mae Morgan, contoneando su voluptuosa figura para aproximarse a ellos—. Yo no quisiera irme ahora sola, a dormir en mi camerino, pongamos por caso. Prefiero trabajar, no pensar en todo esto. Si los demás están de acuerdo, sería preferible seguir adelante.

—Pero los ánimos no serían muy buenos en este momento — dudó Griffith.

—¿Por qué no? —Terció Montagu—. Tal vez tenga razón Mae. Todos estamos impresionados, inquietos. Ahora vivimos una atmósfera de horror auténtica. Será una nueva experiencia. Puede que hagamos la mejor interpretación de nuestras vidas... sencillamente porque estamos asustados de verdad.

—Es una buena observación —señaló Sandor Lukas—. Yo voto por la reanudación del trabajo, Aldo.

Hubo murmullos aprobatorios. Todos miraron a Vera Conway, que se recuperaba de su desmayo. Ella les contempló, pálida e insegura.

—No sé... —gimió—. Cualquier cosa es mejor que pensar y llorar.

—Tengo el equipo más valeroso del mundo —suspiró el productor, emocionado—. Adelante, Helmut. §i estás dispuesto a dirigir y fotografiar...

—Cuando hago un filme, Aldo, estoy siempre dispuesto a todo —fue la seca respuesta del germano.

Los electricistas, demudados, no parecían tan dispuestos a la tarea, pero la promesa de Griffith de pagarles doble jornal, les disipó las últimas dudas, y el set se iluminó.

Muchas miradas, inevitablemente, fueron al bulto de la sábana

ensangrentada, que los focos revelaron más nítidamente. Gregg Edwards, el dirigente de la Inmobiliaria Ajax, resopló, limpiándose el sudor de la frente, y meneó la cabeza, mirando a Blake con aire de reproche.

—Esto me gusta cada vez menos —jadeó—. Es demencial.

—Tal vez —admitió Hartman, encogiéndose de hombros—. Pero así es el mundo del espectáculo, señor Edwards. Algo muy distinto a sus negocios de especulación y cálculo. El espectáculo debe continuar, es la norma. Y ellos son artistas que conocen esa ley. Ahí los tiene. Dentro de poco, parecerán más asustados por la presencia del pobre Lukas y su maquillaje monstruoso, que por la espantosa realidad de ese cadáver decapitado y la indudable presencia de un feroz asesino entre nosotros.

El empresario de urbanizaciones no dijo nada. Se alejó, tambaleante, como si no pudiera entender nada de todo aquello, aunque no permaneció muy lejos de luces y personal, quizá por miedo a verse solo. En el decorado del set 9, pronto se empezó a rodar, tras el ritual golpe de claqueta, en medio de un silencio impresionante.

CAPITULO V

Blake Hartman consultó su reloj.

Eran exactamente las diez de la noche. Miró a través de una de las grandes vidrieras de las oficinas. La noche era oscura, nubosa y húmeda. Estaba lloviznando en la ciudad. El asfalto de los senderos de la zona de los Estudios Filmstar empezaba a mostrar pequeños y oscuros charcos negros, que hacían relucir las luces de alumbrado. Más allá, delimitándolo todo, como una frontera infranqueable entre ellos y Burbank, entre todos ellos y el mundo, la alta valla metálica, cargada de alto voltaje mortal.

—Primer descanso —suspiró, viendo ante sí la bandeja con un emparedado de queso y lechuga, unas tostadas con mermelada y mantequilla, café y una lata de cerveza. Todo lo que les correspondía como ración. Aaron Kern, el conserje, como jefe provisional de la cafetería, había anunciado que quedaba una pequeña reserva de alimentos para el desayuno. Después, sólo Dios sabía lo que iba a suceder.

Dos horas de rodaje no habían dado para mucho. El nerviosismo, por mucho que todos se esforzaran en combatirlo, estaba presente en ellos y en su tarea. Apenas si se pudieron filmar tres planos nada difíciles. Ahora, Von Kraff y Lukas discutían una serie de secuencias inmediatas, que el rígido realizador esperaba obtener antes del fin de la angustiosa noche.

De nuevo Samantha apareció ante él con su bandeja de alimentos. Ella había elegido unos emparedados de jamón cocido, un poco de tomate y lechuga, leche y unas galletas con mantequilla.

Se sentó frente a él. Le sonrió, cansada.

—Si Toland nos ve aquí, creerá que somos realmente novios —dijo.

—Bueno. Deje que lo diga —sonrió Blake—, No es tan mala idea.

—Para usted, no sé. Yo tengo novio.

—¿De veras? ¿Piensa casarse pronto?

—Lo antes posible. Si salgo viva de aquí, claro está.

—La noto muy pesimista ahora.

—¿No hay motivos para ello? —suspiró—. No resulta alentador trabajar junto a un cadáver decapitado.

—Imagino cómo se siente —asintió Blake, tomando un sorbo de cerveza, la mirada perdida en el resto de mesas, donde se diseminaban, sombríos, los demás compañeros de trabajo—. Pero lo está llevando bastante bien.

—Todos lo llevamos bien. Queremos creer que eso no sucedió. Pero el pobre Miller está ahí, delante de nosotros, con su espantoso silencio.

—¿Usted le conocía bien?

—¿A Art Miller? Claro. Todos le conocíamos bien aquí.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—¿El? No, ninguno. Al menos, nadie que yo conociera. Ni siquiera era tan cruel como muchos de su profesión. No perjudicaba la fotogenia de los

artistas. Procuraba salvar siempre su apariencia, su físico, para no hundirles en el fracaso. Esa clase de operadores no abundan en Hollywood.

—Lo sé. Sin embargo, alguien le mató con cruel ferocidad.

—Usted lo dijo. Tiene que ser un loco. No tiene sentido una cosa así.

—Explicarlo todo diciendo que es obra de un loco, resulta demasiado fácil, señorita Harris. ¿No puede haber realmente un motivo?

—¿Para matar a Miller? No, no lo creo en absoluto.

—Usted conoce a toda esta gente mejor que yo —comentó Blake tras un silencio, señalando disimuladamente a los actores de la Filmstar, que tomaban su refrigerio con aire absorto, en diversas mesas del local—. ¿Diría que alguno de ellos puede estar mentalmente enfermo?

—Sí —afirmó ella con rara energía—. Varios de ellos.

—¿Locos? —Blake mostró asombro—. ¿Se refiere a eso?

—Claro. Pero es una locura inofensiva. Ya sabe, el creerse aún jóvenes, triunfadores, adorados por su público. Es una locura común en los artistas viejos.

—Yo no me refería a eso, señorita Harris.

—Lo sé —ella clavó sus ojos en él—. También para eso tengo una respuesta, Hartman. Hay un loco entre ellos, sí. Un auténtico loco.

—Vaya —resopló el joven guionista, sorprendido—. ¿Quién?

—Sandor Lukas.

—¿Lukas? ¿El monstruo eterno de la Filmstar?

—Sí, claro. El está loco. De eso hace ya años.

—Parece un hombre perfectamente normal, cuando no lleva esos horribles maquillajes.

—Sólo lo parece. Su locura es de odio, de amor. Una vieja y trágica historia, un melodrama muy propio de esta productora.

—No entiendo nada.

—No puede entenderlo. Nunca se reveló a nadie. Entonces eran otros tiempos. La Filmstar era alguien en Hollywood y en el mundo del espectáculo. Griffith logró acallar a la Prensa. El escándalo se silenció.

—¿Qué escándalo?

—La muerte de una mujer hermosa, de un ídolo: Karin Crawford.

—¡Karin Crawford! —En la voz de Blake hubo un tono de veneración y extrañeza a la vez—. La recuerdo muy bien. Fue la gran estrella de la Filmstar hace quince años. Murió en un desgraciado accidente.

—Nunca se demostró que fuese realmente un accidente. Hubo muchas versiones en torno al suceso. Ella era la amante de Helmut von Kraff, nuestro director. Todo el mundo lo sabía. Pero se enamoró de Lukas. Y él de ella. Súbitamente, apareció muerta un día. Su cadáver estaba al pie del torreón del decorado del castillo. Se había desnucado. Lukas quiso acusar a Von Kraff de homicidio, pero todo terminó en un agrio enfrentamiento, y siguieron dos años en los que Lukas parecía vivir como ausente de todo. Enfermó, fue internado en un centro psiquiátrico, y se temió que nunca más volviera al

cine. Sin embargo, se recuperó, y reanudó su carrera. No obstante, ya no fue nunca el mismo. Ha sufrido frecuentes crisis nerviosas, su enemistad con Von Kraff es conocida de todos, aunque en lo profesional se compenetren de maravilla. Y los médicos han avisado al señor Griffith al respecto, advirtiéndole de que en Sandor Lukas existe un desequilibrio psíquico que podría llegar a ser peligroso.

—¿Se llevaban mal Karin Crawford y Von Kraff?

—No muy bien últimamente. Se peleaban con violencia. El triángulo formado con Lukas, empeoró las cosas. Pero todo quedó en la sombra. La policía jamás pudo probar que fuese un homicidio, aunque tampoco quedó claro si era un simple accidente. La duda ha permanecido siempre.

—Ya —Blake había terminado su frugal refrigerio. Apuró la cerveza y se irguió—, Gracias por el informe, señorita Harris.

—No es ningún informe —se encogió ella de hombros—. Sólo un tema de conversación con un compañero. ¿No cree que vaya siendo hora de que deje de llamarme por ese horrible «señorita Harris» que usa siempre?

—Bueno, usted no pareció simpatizar demasiado conmigo, y...

—Pero ahora simpatizo un poco más, ¿no? —sonrió ella—. De otro modo, no estaría aquí... Blake.

—De acuerdo, Samantha —admitió Hartman, risueño—. Ya tenemos entre nosotros a un loco casi oficial. Pero el muerto es Miller, no Von Kraff. ¿De qué nos sirve el odio de Lukas hacia su director, en tal caso?

—Usted me hizo una pregunta. Y yo respondí a ella. No trato de acusar a Lukas de asesinato. Personalmente, opimo que es inofensivo.

—En apariencia, todos parecen inofensivos, si exceptuamos a Maxwell Taylor, pero éste usa solamente el veneno en una máquina de escribir, y eso no mata a nadie.

Sabemos que Lukas no anda muy bien de la cabeza, pero ¿quién nos dice que no hay otro en los Estudios Filmstar en las mismas condiciones... y cien veces más peligrosos que él?

—Sí, eso es muy posible —musitó ella, estremeciéndose—. Hace falta mucho odio, mucha maldad, para cortar de un hachazo la cabeza de Art Miller o de cualquier otro.

Ambos jóvenes permanecieron un momento en silencio. Luego, llegó hasta ellos el sonido de un timbrazo. Helmut von Kraff, que comía solo en una mesa, ajustóse un inseparable monóculo y manifestó con voz fría y sonora:

—Vamos, señores, por favor. El primer descanso ha terminado. Reanudamos la tarea.

Habrá otro descanso a la una treinta de la madrugada para tomar algo líquido, caliente o frío.

Echó a andar hacia el set 9 con su rigidez germánica. Le siguieron en silencio los demás.

Blake y Samantha se pusieron en pie, mirándose.

—Venga conmigo —invitó él—. No me gusta la idea de que vaya sola por

estos estudios, Samantha.

—¿Teme que me pueda ocurrir algo? —se inquietó ella.

—Francamente, sí. Temo que las cosas no han terminado sino que, por el contrario, no han hecho más que empezar. Dios quiera que me equivoque. Pero algo me dice que no va a ser así.

Samantha no dijo nada. Pero caminó a su lado, como si temiera alejarse de Blake Hartman una sola yarda.

Blake acababa de decir algo que, en breve espacio de tiempo, iba a verse trágicamente confirmado, para espanto de todos los encerrados en aquella siniestra noche de los Estudios Filmstar.

* * *

Los propósitos de Von Kraff sufrieron un forzoso aplazamiento, ya que eran más de las dos de la madrugada cuando se hizo un alto en el rodaje, a causa de algunas dificultades en la conclusión de uno de los planos a realizar en el viejo torreón. Justamente el mismo decorado donde, años atrás, había sido encontrado muerta Karin Crawford, la más bella actriz de la Filmstar, y una de las estrellas de Hollywood. Sus bellas, largas y delicadas manos, se conservaban en el cemento del Teatro Chino, corno tantos otros recuerdos de las grandes luminarias de la Meca del Cine.

A las dos y diez minutos, se apagaban los focos del decorado del torreón —cuyo realismo tuvo que reconocer Blake que era realmente impresionante —, para disolverse el grupo de cineastas en dirección a la cafetería.

Sorprendida, Samantha Harris observó que Blake Hartman se quedaba atrás, contemplando largamente el siniestro decorado del torreón, aún más inquietante ahora, sumido como estaba en las sombras, tras retirarse de allí los electricistas y maquinistas, en silencioso grupo.

—¿No viene a tomar algo, Blake? —se interesó ella.

—Sí, ahora iré —asintió el joven escritor—. Me gustaría quedarme por aquí unos momentos, reflexionando.

—¿Solo? —hubo una nota de inquietud en la voz de la joven.

—¿Por qué no? —Sonrió distraídamente Blake—. No creo que nadie tenga nada contra mí. Yo no pertenezco al mundo de la Filmstar, salvo por el hecho de que mi guión sea el último que se rueda aquí. No tengo enemigos de ningún género.

—¿Cree que los tuvo realmente Art Miller?

—No lo sé. No llegué a conocerle apenas.

—Usted dijo que podía ser un loco. Y los locos no necesitan motivos para matar.

—Eso no es exacto del todo. El motivo siempre existe. Lo que ocurre es que el que mueve a un demente a actuar, rara vez es comprendido por nosotros, los que estamos cuerdos.

—Sea como sea, yo no me quedaría aquí, en esta soledad —Samantha se

estremeció, mirando en torno con aprensión—. Por favor, Blake, venga con nosotros.

—Está bien —suspiró él—. Ya voy. ¿Por qué no se queda aquí conmigo unos minutos, y luego vamos juntos a la cafetería?

—¿Aquí... los dos? —ella enarcó las cejas. Parecía tan inquieta, que optó por sonreír forzadamente y enfocar el asunto por su lado divertido—. Eso me suena a proposición poco honesta, Blake.

El se echó a reír y alzó una mano.

—Juro solemnemente que no la tocaré un solo cabellos... a menos que usted me lo pida. ¿Eso la tranquiliza más?

—No sé, no sé —movió la cabeza, volviendo a ponerse seria—. ¿Y si... nos atacara alguien?

—A dos personas, no es fácil. No se arriesgará tanto. Además, voy armado.

—¿Usted... armado? —dudó la joven.

—Sí —afirmó Blake, rotundo. Y extrajo en su mano un objeto que emitió un seco chasquido. Una larga hoja de acero asomó en su mano, sobresaltando a la joven script—. No piense mal de mí. No acostumbro a llevar cosas así. La he tomado de la utillería de la productora.

—Una navaja automática. Sí, es algo, pero ¿por qué no tomó mejor un revólver?

—No vi ninguno que no fuese de fogueo.

—Hay varios, guardados bajo llave, con munición real y todo. ¿Realmente se sentiría mejor con uno en el bolsillo?

—Creo que sí, mucho mejor —admitió Blake.

—Entonces venga conmigo. Sé cómo abrir ese armario.

—Adelante —aceptó Blake. Miró al torreón, a la zona de sombras, y luego añadió—: ¿Eso no le creará problemas?

—No, ninguno. Después de todo, ésta es una situación especial, ¿no? Y además, tenemos que defendernos, Blake. Todo es lícito en un caso así. Si prefiere antes quedarse por aquí un rato...

—No, es igual. Simplemente, quería saber cómo pudo matarse Karin Crawford en este lugar.

—Oh, ¿eso? —Se desilusionó Samantha—. Hace ya quince años que ocurrió, Blake. Es algo olvidado. ¿Qué interés puede tener para usted?

—Quizá mucho. Vea ese terraplén de falsa hierba, al pie del torreón. Si el decorado era igual entonces, resulta muy difícil caer de esa altura y desnucarse. El terreno es blando, y el torreón de poca altura. Se filma siempre con truco, con lentes especiales que agrandan su altitud. Pero una persona joven, que practicaba deporte, como Karin Crawford, difícilmente se mataría ahí... a menos que ya hubiese caído estando muerta.

—¿Quiere sugerir que pudo ser... un crimen?

—Pudo serlo, sí.

—¿Quién la mataría, en tal caso? ¿Von Kraff, Lukas...?

—No lo sé. Solamente es una posibilidad, Samantha.

—¿Cree que eso pudo tener relación con lo de ahora? —iban caminando ya hacia la utillería, mientras la joven hablaba.

—Ya sabe que Lukas enloqueció y fue internado. Ahora, un loco podría ser el asesino de Miller.

—Lukas... Siempre me ha parecido un buen hombre, un infeliz. Un monstruo de guardarropía, y nada más. Por otro lado, ¿por qué matar a Miller, que nada tenía que ver en el asunto? Por entonces, ni siquiera trabajaba con la Filmstar. Aldo Griffith lo contrató hace seis o siete años, cuando trabajaba para la Paramount.

—Es todo tan absurdo, tan disparatado... —Blake se encogió de hombros —. Ciertamente, no sé qué pensar de todo ello, pero hay algo siniestro y terrible, esta noche aquí. Puede casi respirarse, al margen de todo lo que ya es real y tangible, como las cercas electrificadas, el teléfono interceptado y el cadáver decapitado de Miller. Algo maléfico que nos amenaza quizá a todos, por la simple razón de que su autor sólo desea destruir, aniquilar... guiado por alguna obsesión que no entiendo.

—Siento lo mismo que usted —se estremeció ella, aferrando un brazo de Blake, mientras cruzaban un sombrío set desierto, a cuyo final brillaba una luz rojiza. Ella la señaló—. Ahí está el almacén de utillería.

Cuando llegaron ante él, no costó nada abrir la puerta, que solamente aparecía entornada. En su interior, iluminado, se alineaban en muros y estantes toda clase de objetos para una filmación. Armas antiguas, corazas, cotas de malla, muebles, objetos decorativos, máscaras, jarrones, animales disecados, cuyos brillantes ojos de vidrio parecían clavarse en ellos, ropajes, y todo cuanto puede precisarse en ambientar una filmación cualquiera, desde la Prehistoria a la actualidad.

Junto a unas panoplias, se alineaban armarios con armas de fuego de todas las épocas.

Samantha utilizó una ganzúa de un juego de ellas colgadas del muro, para abrir uno de los armarios. Mostró su contenido a su compañero.

—Elija —le señaló—. Revólveres, automáticas', rifles...

—Una automática será mejor —Blake se acercó, y eligió una «Beretta» calibre 32, negra, pavonada, con un peine de proyectiles que encajó en su culata. Probó el seguro, y observó que funcionaba perfectamente. Estaba bien engrasada y a punto—. Esto me hace sentir mucho más seguro. ¿Usted no toma un arma? —No sabría utilizarla —rechazó ella, cerrando el armario. Miró en torno, a las cercanas armaduras y gatos disecados. Suspiró—. Vámonos de este lugar. No me siento bien en él.

—Espere —cortó Blake bruscamente—. Mire ahí, a esa panoplia...

Ella miró. La panoplia era de viejo terciopelo rojo. En ella, se cruzaban una espada larga y una corta. En medio, se veía un claro, un dibujo trazado en el terciopelo por la ausencia de un arma que dejara sin desgastar una zona de la panoplia.

—Un hacha... —musitó Samantha, estremeciéndose—. Falta un hacha...

—Sí —asintió Blake—. Ese perfil es de un hacha de respetables dimensiones. Como la que decapitó a Miller. Parece que nuestro misterioso criminal, también se surte de este mismo arsenal...

—Dios mío —la joven humedeció sus labios, mirando en torno con repentino terror—. Y ahora mismo... podría estar aquí.

—¿A buscar una nueva arma? Posiblemente —afirmó, Blake, sombrío.

En ese preciso instante, osciló una de las figuras de los gatos disecados, pareció cobrar vida otra, y una sombra fugaz saltó elásticamente de la zona de sombras, derribando sordamente la figura disecada de un negro cuervo.

Samantha emitió un ronco grito de terror, y se abrazó desesperadamente a Blake. Este la apretó contra sí, rodeándola con su brazo izquierdo, mientras su mano derecha extraía con rapidez el arma, encañonando al punto de donde surgiera la figura viviente.

Respiró hondo, y luego soltó una risita entre dientes, en tanto una sombra ágil se perdía al fondo de la utillería.

—Sólo era un gato —comentó—. Pero un gato sin disecar. Nos dio un buen susto.

Miró a Samantha. Estaba pálida, con los ojos dilatados. No pudo evitarlo. Se inclinó. Y besó sus cabellos dulcemente.

Ella gimió algo, alzó la mirada hacia él... y sin una vacilación, alzó también los brazos, rodeó el cuello de Blake, y pegó sus labios a los de él, en un prolongado y ardiente beso.

Hartman notó que el cuerpo de la muchacha temblaba, al pegarse al suyo, y que sus firmes y no demasiado grandes pechos, vibraban con ese temblor, al presionar su propio torso.

La devolvió el beso cálidamente. Sus lenguas se rozaron y acariciaron mutuamente, mientras la mano zurda de Blake se deslizaba por la espalda de la joven, hasta presionar con audaz fuerza su trasero, sin que ella protestara lo más mínimo.

En vez de ello, el cuerpo femenino se arqueó, adherido al suyo como una ventosa, presionando unos muslos contra otros, y un gemido ronco escapó de entre sus carnosos labios, como si el momento, la soledad, la tensión sufrida y la proximidad del hombre joven y vital, despertara en ella un deseo hasta entonces inconfesado.

Blake supo que aquello hubiera llegado muy lejos, si en ese momento, otro leve ruido, mucho más inquietante que el producido por el gato medroso, no le hubiera sobresaltado, haciéndole levantar la cabeza, por encima de los cabellos de Samantha.

Captó la sombra informe, tras los animales disecados, justamente al lado de una de las metálicas armaduras medievales. La sombra de un tenso arco fue visible en el muro.

Luego, sonó un chasquido.

—¡Cuidado! —rugió Blake, arrojándose al suelo velozmente, arrastrando

consigo a Samantha en aquel desesperado esfuerzo por huir a la muerte.

Zumbó sobre sus cabezas una poderosa flecha, que fue a clavarse, vibrando, contra la madera vieja del armario de las armas de fuego modernas.

De no haberse lanzado a tierra los dos, aquella flecha, disparada por una poderosa ballesta medieval, hubiera atravesado sus cuerpos con suma facilidad, matando a ambos sin remedio.

CAPITULO VI

La «beretta» de Blake soltó un sonoro estampido, La bala zumbó en el tenebroso cuarto de artillería, rompiendo en pedazos la bombilla con un estallido de vidrios quebrados. Una oscuridad total envolvió ahora a la joven pareja perdida ente los mil heterogéneos objetos que se habían convertido, repentinamente, en una especie de jungla siniestra, erizada de peligros.

—¿Por qué haces eso...? —oyó gemir a Samantha, junto a su oído.

—Chist... —la hizo callar—. La luz... Seríamos buen blanco para otro intento de ese maníaco... Una ballesta es un arma temible, si se sabe usar. Y él sabe, no hay duda alguna...

El silencio en el cuarto de artillería era total ahora, tras el disparo de la automática.

Blake aguzaba el oído, sin captar nada. El asesino podía continuar allí, al acecho, esperando que ellos dieran un paso en falso, o podía haberse ausentado sigilosamente, si usaba el calzado adecuado para no producir ruido... y si conocía palmo a palmo el terreno que pisaba. Cosa esta última que Blake estaba absolutamente seguro.

Transcurrieron varios minutos así, hasta que luces, voces y pisadas se dejaron sentir no lejos de allí. Un vozarrón tronó poderoso:

—¡Eh, ustedes! ¡Quienes estén por ahí, respondan! ¿Quién ha disparado un arma de fuego en este lugar?

Blake reconoció la voz de Griffith. Oyó también comentarios en las voces de Von Kraff y del empresario Edwards, y comprendió que el peligro inminente había pasado.

—¡Aquí! —Llamó desde el interior—. ¡Estamos aquí, amigos!

Las lámparas eléctricas iluminaron el recinto. Otra bombilla lució en otro punto del lugar, al ser accionada por Griffith. Asombrados, un ramillete de rostros conocidos se encaró a ellos. Blake y Samantha se incorporaron lentamente. El miró en torno, sin ver a nadie más. O el asesino seguía oculto allí, o apenas sonó el disparo, se apresuró a alejarse del lugar del atentado.

—Por todos los diablos, Hartman, ¿qué hacen ustedes aquí? —tronó el productor con voz airada—. Nos han dado un buen susto. Samantha, ¿y usted? ¿Qué demonios pretenden los dos jugando al escondite? ¿Quién hizo ese disparo?

Blake iba a contestar atribuyéndose la culpa y devolviendo el arma sustraída. Con una valentía y decisión admirables, Samantha lo evitó:

—Señor Griffith, nada impide que si un hombre o una mujer se gustan, busquen un lugar retirado para amarse. Aquí nos sorprendió el ataque de alguien. Primero fue un tiro de ballesta. Vea la flecha aquí clavada. Y después..., ese mismo agresor nos disparó con un arma de fuego. No sé si aún sigue aquí o ha podido huir. Eso es todo. Lamento haberles causado un sobresalto.

Griffith pestañeó arrugando el ceño. Miró a ambos pensativo, y luego se volvió a los demás.

—Busquen por todo el recinto —indicó—. Usted, Kern, que conoce bien todo esto, guíenos.

—Sí, señor —asintió el conserje, contemplando absorto la flecha hincada en la madera, meneó la cabeza, añadiendo—: Diablo, eso debió hacerlo con la ballesta de «El Arquero Negro». Veo que falta de su sitio,

—¿«El Arquero Negro»? —Repitió Blake—, Recuerdo esa vieja película. Sandor Lukas era el arquero...

—En efecto —asintió Von Kraff secamente—. Pero Lukas nunca supo disparar una ballesta, señor Hartman. En las escenas que lo exigían, fue doblado por Ben Toland.

—Toland... —Blake buscó con los ojos al inválido—, ¿Dónde está ahora?

—Se quedó en la cafetería, en compañía de Oscar Leeds, el maquillador, y de Mae Morgan —sonrió Adolphe Montagu—. Mae y él tuvieron un idilio hace años...

—Ya —Blake arrugó el ceño, señalando la panoplia—. Vean eso: ahí falta un hacha...

—Es la de «Cabezas Decapitadas» —gruñó Griffith, malhumorado.

—¿Y quién era el decapitador en esa película? —quiso saber Samantha.

—Yo, señorita Harris —se apresuró a decir, burlón, Adolphe Montagu, acariciándose su bigotito canoso—. Pero le aseguro que eso no significa que haya cortado la cabeza a Miller, como usted parece sospechar.

—Es lógico que sospechemos de todos —replicó Blake secamente—, Hay un asesino entre nosotros, señores. Hemos de mentalizarnos en ese sentido. Por ello, teniendo en cuenta que hace sólo unos momentos él estuvo aquí, con la intención de asesinarnos a ambos, yo quisiera saber ahora quién de ustedes tiene una coartada sólida para los últimos minutos... y así poder ir descartando posibilidades. No me gusta ser el blanco de un criminal loco, ni deseo que Samantha corra peligre alguno, quede esto bien claro.

—Blake, cariño... —musitó ella, abrazándose a él y besando su mejilla—. Cuando menos, de algo podemos ya estar seguros; ni tú ni yo somos el asesino que hay que encontrar... y ambos lo sabemos muy bien.

* * *

El resultado de la breve e improvisada encuesta no pudo ser más desolador para Blake Hartman.

Todos podían haber estado en el recinto de utillería en aquellos momentos. Se daba la circunstancia de que en diversos momentos habían ido abandonando la cafetería por uno u otro motivo, y no se habían observado mutuamente con excesivo rigor.

Nadie ponía una mano en el fuego por ningún otro. Las dudas, indecisiones y recelos, la falta de seguridad en afirmar que uno u otro hubieran carecido de

la posibilidad de acercarse al departamento de utillería, empuñar la ballesta —y la pistola, conforme a la aguda y rápida mentira hilvanada por Samantha Harris—, y llevar a cabo el atentado, dejaban un margen casi absoluto de duda respecto a todos los que, tras el ataque, aparecieron en escena.

—De modo que todos pudieron ser culpables... —comentó desoladamente Samantha, tras las preguntas hechas por Blake a cada uno de ellos.

—Todos —asintió Hartman secamente, estudiando a los que deambulaban de un lado para otro, disponiendo las cosas para el rodaje de la siguiente secuencia, o simplemente observando ese trabajo, como era el caso del hombre de empresa, Gregg Edwards, y del periodista Maxwell Taylor.

—Vas a entrar en rodaje ya, Toland —le dijo Von Kraff en voz alta al actor inválido—. ¿Dispuesto?

—Claro —Toland bajó el ejemplar del guión—. Ya me he aprendido mis frases, Helmut. Esto hubiera resultado muy divertido, de no ser por las circunstancias en que estamos trabajando esta noche.

—Trata de olvidarlas —fue la breve réplica del realizador. Se volvió a Vera Conway, que retocaba su maquillaje, y la tomó de una mano, con una delicadeza que Blake jamás hubiera imaginado en él—. Vamos, querida, estás bien así. Deja que Oscar se ocupe de Toland antes de rodar.

—¿De veras crees que estoy bien? —murmuró la eterna ingenua, clavando sus claros ojos en Von Kraff.

—No necesitas maquillaje para ser aún la más hermosa, Vera —fue la respuesta de Von Kraff. Y no parecía sonar en absoluto a cumplido o simple cortesía.

—¿Oíste eso? —Preguntó Blake a Samantha—. Nuestro director incluso parece humano, a veces.

—Sí, ya lo he notado —asintió la joven, disponiéndose a iniciar su tarea de script una vez más—. Siempre se ha dicho que hay algo entre ellos dos. Pero nadie ha podido demostrar jamás que entre Helmut von Kraff y su estrella favorita, haya otra cosa que una vieja amistad.

—Tal vez las especiales circunstancias de esta noche hayan hecho brotar más a la superficie los ocultos sentimientos de un hombre duro y frío como él —hizo notar Blake, pensativo.

—Sí, tal vez.

Tomó el guión, empezando a anotar detalles de la escena inmediata. Blake se apartó ligeramente del iluminado set. Notaba en su bolsillo el frío pero confortable peso de la «Beretta». Todos ignoraban que era él quien la llevaba consigo. Todos... menos el asesino.

Contempló a todos y cada uno de ellos, con vaga aprensión. No era agradable tener la seguridad de que uno de ellos había pretendido matarles a él y a Samantha, sin aparente motivo alguno, y no poder saber cuál de ellos era.

Paseó por el resto del set, mientras se iniciaba el rodaje. Oscar Leeds había maquillado a Ben Toland, dando a su rostro un aire entre siniestro y cruel. La

forma de reír del inválido actor, ante la cámara, puso un escalofrío en la piel de Blake. Pero era sólo una actuación. Por el hecho de que Toland pareciese un monstruo, capaz de levantarse en cualquier momento de su silla de inválido, como el doctor Jarrod de «Los Crímenes del Museo», no significaba nada. Era un actor, a fin de cuentas. Siempre había sido un buen actor, especialmente en papeles malvados.

A fin de cuentas, él y el reportero Taylor eran los únicos que tenían coartada en el asunto del teléfono y la valla electrificada, Quizá Se estaba dejando llevar últimamente demasiado por su imaginación para sospechar cosas, pero no podía evitarlo. La situación distaba mucho de ser normal.

Repentinamente, había perdido todo interés por su guión. Era lo demás lo que le fascinaba realmente: la muerte de Miller, el ataque de! ballestero, el aislamiento de los estudios, convertidos en ratonera implacable.

Salió del set 9, sigilosamente. Su mano, hundida en el bolsillo, su mirada escudriñando las sombras de la noche dentro del recinto de la Filmstar. Nadie pareció advertir su mutis.

Dio unos pasos hacia la salida, como si fuera posible abandonar el recinto con toda facilidad. Se detuvo y miró hacia las alambradas. Estaba ahora junto al set donde se diera la recepción para celebrar el inicio del rodaje. Recordó su pelea con el cínico Taylor, el inicio de la pesadilla...

Se apoyó en uno de los postes telefónicos inmediatos, pensativo. Había luz en la cafetería. Vio a Aaron Kern, el conserje, limpiando vasos y tazas tras el mostrador y preparando café para otro refrigerio.

De pronto, observó algo. Se quedó mirándolo, sorprendido.

Al pie del poste telefónico, un manojo de cables colgaban, limpiamente seccionados.

Aquél era el lugar donde se hizo el corte de líneas telefónicas. Elevó la cabeza. Faltaban yardas y yardas de cable telefónico en el poste. Llevaría horas reparar aquello, incluso a un experto.

Pero no era eso todo lo que captaron sus ojos.

También descubrió tierra removida, al pie del poste telefónico, justamente donde sus pies pisaban en este instante.

Se inclinó. Hundió los dedos en la tierra. La removió con fuerza, buscó en su interior obstinadamente. Tocó algo sólido que estaba enterrado allí.

Apartó con rapidez la tierra, cavando ahora con ambas manos. Momentos más tarde, el objeto estaba desenterrado y entre sus dedos.

Era una grabadora y reproductora portátil, de tamaño bastante reducido. Dentro, tenía ajustada su correspondiente cassette. La puso en marcha, pensativo. No escuchó nada.

Detuvo su marcha, hizo retroceder la totalidad de la cinta y volvió a pulsar la tecla de reproducción.

Entonces sí salió voz por ella. Y Blake comprendió.

* * *

«Tenga cuidado, Kern. Ya no puede entrar ni salir nadie de los estudios, a partir de este momento. La valla está electrificada. Con alta tensión. Significaría la muerte segura para cualquiera. Y no intente llamar a nadie del exterior por teléfono. Todas las líneas dejan de funcionar en este mismo momento,»

La voz cesó. Luego, se escuchó un seco chasquido, como si algo se interrumpiera. Y la grabadora dejó de emitir voz y sonido.

Se miraron todos entre sí, perplejos. Blake Hartman cruzó su mirada con Samantha. Y la grabadora dejó de emitir voz y sonido.

Se miraron todos entre sí, perplejos. Blake Hartman cruzó su mirada con Samantha.

Kern, el conserje, señaló la grabadora con excitación.

—¡Esa es la voz! —exclamó—. ¡Esas son, justamente, las palabras que yo escuché!

—Lo sé, Kern —asintió Blake—, En realidad, no le habla nadie en ese momento. No hacía falta. Ya habían grabado el mensaje, acoplándolo a una línea telefónica interior.

Tampoco entonces se cortó la comunicación telefónica exterior. Ya estaba cortada previamente. Lo único que sucedió es que ese chasquido, grabado al final del mensaje, daba a entender que se producía en ese momento, pero no era cierto.

—¿Por qué diablos lo hicieron así? —se interesó Griffith.

—Sin duda porque no les iba a ser nada fácil hacerlo en ese momento de forma personal. Excesivo riesgo para el culpable. Se limitó a dejar todo previamente dispuesto, luego hizo la llamada dejando simplemente el magnetófono conectado automáticamente a la línea. En determinado momento, la grabación funcionó, quizá mediante un sistema de relojería, que el culpable desmontó luego, al guardar la grabadora, deshaciéndose de él sin duda. Todo esto lo haría cuando tuvo ocasión y no necesitaba estar visible en otro lugar. Esa es mi teoría, señor Griffith.

—Parece bastante sensata —admitió ceñudo Gregg Edwards.

—En resumen, todo se montó muy cuidadosamente, de antemano, por medio de alguien que conocía muy bien los Estudios Filmstar.

—La voz resulta irreconocible —apuntó Von Kraff, pensativo.

—Opino igual —asintió Blake—. La he escuchado varias veces, sin poder no ya identificar a su dueño, sino ni siquiera poder afirmar si pertenece a hombre o mujer. El susurro está muy bien hecho.

—Como lo haría un actor, sin duda alguna —era Maxwell Taylor, el periodista del Screenland, el que hablaba,

—Sin duda —se vio obligado a aceptar Griffith, sombrío. Contempló el magnetófono, como si éste pudiera revelarle algún insondable secreto, meneó su cabeza pesadamente, y añadió, contrariado—: De todos modos, hemos comprobado que el destrozo de las líneas telefónicas es lo bastante grave para

resultar imposible repararlo con nuestros medios.

—Así es. Del mismo modo, ignoramos en qué punto exacto ha hecho el asesino la conexión del cable de alta tensión con la verja exterior, y por tanto, no nos es posible neutralizarlo. Seguimos en igual de condiciones que antes. Sólo que ahora sabemos algo más de nuestro diabólico personaje: todo esto lo planeó minuciosamente, y ya, incluso Ben Toland, Aaron Kern o Maxwell Taylor pueden ser considerados como sospechosos. En suma: no escapa nadie a la sospecha, por la sencilla razón de que, aunque todos estábamos reunidos cuando tuvo lugar la llamada, ésta había sido grabada ya con antelación y su autor no tenía por qué ausentarse para efectuarla. Ese, sin duda, era el motivo de su malestar.

—Pero no siempre podrá tener una coartada —señaló secamente Von Kraff, cuyo rostro aparecía singularmente rígido—. Alguna vez dará un paso en falso, ¿no cree?

—Es posible —Blake se encogió de hombros, mirando su reloj—. Bien, caballeros, ya son las cuatro y media de la mañana, ¿Qué piensa hacer, señor Griffith?

—No puede hacerse otra cosa que seguir adelante —dijo con energía el productor—. Vamos a rodar la escena siguiente, la del tormento en la «doncella de Nuremberg» (*Como sabrán, muchos lectores, se llama así a una especie de sarcófago vertical, cuya tapa aparece erizada de púas, con dos a la altura de los ojos de la persona encerrada allí. Esas púas metálicas, inexorablemente, además de torturar lentamente a la persona metida en el sarcófago de forma humana, termina vaciando sus ojos brutalmente*). ¿No está Lukas por aquí?

—Estaba hace un momento —asintió Montagu—. Se fue a su camerino, a retocar su maquillaje.

—Bien, vayan a avisarle —gruñó Griffith—. Acabaremos el café y reanudaremos la tarea. Yo guardaré la grabadora para cuando podamos tener contacto con el exterior, entregándosela a la policía.

—Está bien, vamos allá —admitió Blake, tomando por una mano a Samantha y levantándose de su asiento en la cafetería.

Salieron todos del mismo modo que habían entrado, tras avisar Blake a Griffith para que se reunieran todos allí y escuchar la grabación: en grupos separados o individualmente, bajo el común denominador del miedo y la incertidumbre.

Así llegaron en comitiva al set 9. Montagu se ausentó para ir a avisar a Sandor Lukas a su camerino. Von Kraff dispuso la cámara y se dieron las luces. Samantha consultó el guión y anotó algo.

Apareció Lukas, seguido de Montagu, con su maquillaje perfecto. Tras ellos, entró en el decorado la rubia belleza platinada y exuberante de Joyce Logan, cuyos potentes pechos aún vibraban esplendorosos, asomando su redondez mórbida por el acentuado escote.

—¿Y Vera? —preguntó Joyce con su voz aguda—. ¿Alguien la ha visto?

—¿Vera? —Vivamente, Von Kraff giró la cabeza y miró en torno—. No, no está aquí. Pero ella sabe que tiene que rodar...

—Iré a buscarla a su camerino —se ofreció Mae Morgan, que fumaba displicentemente un cigarrillo, sentada en su asiento del estudio.

Regresó en seguida, con aire desorientado, y manifestó con indolencia:

—No está allí tampoco. Ni siquiera en el lavabo, ya lo comprobé.

Un repentino nerviosismo, una inquietud súbita, se materializó de repente en todos ellos. Hubo intercambios de miradas preocupadas y sombrías. Griffith había encendido un cigarro poco antes. Lo estrujó en un cenicero, casi rabiosamente.

—Por todos los diablos —farfulló—. Hay que dar con ella. No me gusta esto.

—A mí tampoco —corroboró Blake Hartman, ceñudo—. Vamos, es importante. Busquemos todos a Vera Conway.

—Sí, es preciso —bruscamente, Helmut von Kraff parecía haber perdido su habitual flema germánica, para mostrarse con una desconocida capacidad de temor y sobresalto que casi le parecían parecer humano—. Adelante, yo les ayudaré. Y sí algo le sucede a Vera, juro que...

Su juramento hubiera sido quizá interesante de conocer, pero Blake no le dejó terminar. Había algo más apremiante que todo eso, y no tuvo otro remedio que señalarlo a los demás con voz tensa, alarmada:

—¡Un momento, esperen! Vean eso... ¿Qué significa? ¿Es un truco cinematográfico, Von Kraff?

El director se volvió hacia donde señalaba Blake. También lo hicieron así todos los demás: Taylor, Edwards, Griffith, Montagu, Lukas, Toland, Joyce Logan, Mae Morgan, Oscar Leeds...

Todas las miradas se concentraron en el punto que Blake indicaba. Un lugar situado a pies del sarcófago vertical de hierro, la temible y medieval «doncella de Nuremberg»...

La sangre formaba reguero al pie del siniestro mueble metálico. Un reguero que se extendía lentamente, con su brillante tono carmesí, por el suelo del decorado cinematográfico.

—¡Por todos los diablos, no! ¡Eso no es un truco! —Aulló, exasperado, el realizador de la Filmstar—. ¿Qué sucede ahí dentro?

Blake se precipitó rápidamente tras él. Pero Von Kraff llegó antes. Tiró de la tapa erizada de púas de hierro, con violencia. El trágico armario de tortura chirrió desagradablemente. Todos pudieron ver emerger las largas púas de su interior, chorreando sangre. Las de arriba, además de eso, llevaban colgando los globos oculares de alguien, entre amasijos sanguinolentos.

Un terrible, desesperado grito, brotó de los labios de Helmut von Kraff, y varios alaridos de terror se unieron a su voz, cuando el contenido de la demoníaca «doncella de Nuremberg» reveló su naturaleza.

El cuerpo, rígido, cubierto de sangre, casi irreconocible, con las cuencas de los ojos vaciadas por los dos terroríficos punzones de metal, era el de Vera

Conway, la eterna ingenua de la Filmstar.

CAPITULO VII

—Lo sabía. Estaba seguro de ello...

—¿De qué, Blake? —susurró Samantha, angustiada su expresión.

—De todo esto. Del nuevo horror, de ese crimen incalificable, de todo lo que está ocurriendo... No se detendría ante la muerte de Miller, ni tras el atentado contra nosotros. Es un maníaco de la violencia, de la sangre, del horror. Elige armas monstruosas: un hacha, una ballesta, un objeto de tortura medieval... Nos enfrentamos a una bestia sanguinaria, para quien matar no significa virtualmente nada.

—Pero, ¿por qué, Blake? —gimió ella, con expresión despavorida—. ¿Por qué precisamente Miller, Vera Conway, nosotros...?

—Como pudieron ser otros. Si nos enfrentamos a un enfermo mental, todo es posible aquí dentro hoy, Samantha. El quiere derramar sangre, sembrar el terror, la angustia, la muerte. No importa quien caiga. Es como un azote infernal. Por eso nos aisló aquí. No parará hasta el fin.

—¿Y... cuál es el fin? —indagó, medrosa, Samantha Harris.

—No lo sé. Tal vez la muerte de todos. Un holocausto trágico, total, una especie de apoteosis de la sangre, en este lugar donde tantos falsos horrores tuvieron lugar durante décadas. Es la última película de la Filmstar. Y éste es el pastel de sangre que alguien ha elaborado para su homenaje.

—Nunca he sentido más miedo que ahora, Blake —confesó la joven con expresión ensombrecida—. A veces me parece que unos ojos diabólicos me observan, me vigilan desde la sombra...

—Y es muy posible que así sea —admitió Blake, meneando la cabeza con desaliento—. Todos debemos de estar vigilados por ese monstruo desconocido que nos amenaza. Un monstruo que no dudará en golpear de nuevo, estoy bien seguro de ello.

—Y nosotros aquí encerrados, son poder hacer nada, sin capacidad para intentar nada... —gimió Samantha con voz crispada.

Blake paseó en silencio. Su voz sonó luego meditativa, hondamente preocupada.

—Ya has visto el resultado del nuevo interrogatorio. Todos pudieron haberlo hecho, Samantha. Taylor fue a los lavabos unos minutos, Lukas estaba en su camerino. Montagu paseó por el exterior sin ser visto por nadie, Kern hizo un recorrido por los alrededores de la entrada, Griffith estuvo unos minutos en su despacho, arreglando unos papeles, Edward afirma haber intentado comunicarse por radio y luego mediante una conexión telefónica que le falló, cosa en la que estuvo entretenido cosa de quince minutos. Las mujeres, Joyce Logan y Mae Morgan, no se movieron entre sí más que unos instantes, habiéndose ausentado con diferentes motivos, bien para retocar su maquillaje en sus camerinos, o para ir a la toilette.

—Según eso, todos pudieron matar a Vera...

—Todos, sí. Incluso Von Kraff, que también estuvo unos minutos sin controlar. Pero él parece demasiado afectado por la muerte trágica de la actriz. Es como si realmente hubiera perdido a alguien a quien amase de verdad.

—Me pregunto si llegaría a sentir lo mismo, hace quince años, cuando se desnucó Karin Crawford al pie del torreón.

—Sí, yo también me lo he preguntado —asintió Blake—. Entonces, Karen y Vera eran las grandes figuras jóvenes de la Filmstar. Si Karen era la amante de Von Kraff, ¿qué representaba Vera en su vida en aquellos momentos?

—He leído revistas de la época y ninguna sugería nada sobre un posible idilio con Vera Conway. Claro que de eso hace ya quince años, y es demasiado tiempo para que un hombre no encuentre luego otro amor...

—Solamente Sandor Lukas se quedó sin encontrar a nadie más, Siguió siendo un hombre solitario el resto de sus días.

—Y sigue siéndolo. ¿Por qué siempre piensas en él? ¿Es tu sospechoso ideal?

—Creo que lo es de mucha gente —refunfuñó Blake—. Sólo que...

—¿Qué?

—No, nada —rechazó Hartman, sombrío. Luego exhaló un profundo suspiro—. En fin, lo cierto es que seguimos como a! principio. Alguien golpeó a Vera Conway, haciéndola perder el conocimiento, y metió su cuerpo inconsciente en ese instrumento de tortura, encajando luego la tapa sobre ella, hasta que los pinchos de hierro la destrozaron salvajemente... Hace falta mucha maldad, mucho odio o mucha sed de sangre para hacer algo así.

—Pobre Vera... —Samantha meneó la cabeza, con expresión abatida—. Debió de ser una muerte espantosa...

—Si llegó a tener consciencia de ella, ciertamente que sí. Eso nos demuestra que no podemos encontrar piedad en ese criminal que nos acecha en estos estudios. Será capaz de todo con tal de llevar adelante su plan de muerte y de sangre. Personalmente, creo que la mejor medida de seguridad sería ir todos juntos en cualquier momento, sin separarnos un solo instante unos de otros. Pero eso es muy difícil de conseguir, porque hay gente reacia a sentirse observada constantemente, y otros que se creen al margen de posibles riesgos.

—La madrugada está muy avanzada ya, Blake —señaló Samantha—. Pronto será de día... y tal vez nos sea posible salir de aquí de alguna forma, sin hacer peligrar la vida a nadie del exterior. Sería terrible que alguien se aproximase a esa verja y muriera carbonizado.

—Sí, lo sería. Pero egoístamente, muchos están deseando algo así, que ponga sobre aviso a los del exterior, y pueda cortarse la corriente, para neutralizar la electrificación mortal. Sería el momento para poder abandonar los estudios... y para huir a la amenaza del asesino.

—Sí, entiendo así —admitió Samantha entornando los ojos, repentinamente tristes—. Los humanos somos egoístas, Blake. Nunca

pensamos en los demás. Sólo en nosotros mismos.

—Especialmente cuando vemos nuestra vida en peligro. Sí, Samantha, pero eso, en cierto modo, es muy lógico. A nadie le gusta morir sin saber siquiera por qué muere.

Permanecieron unos momentos en silencio. Blake volvió a consultar su reloj. Las cinco y veinte minutos de aquella obsesionante e interminable noche de horror en el mundo falso del miedo y de los fingidos horrores. Un mundo de cartón, piedra, escayola y maquillaje, donde los monstruos eran inventados y la sangre era simple hemoglobina para atemorizar e impresionar al espectador ingenuo.

Pero ahora todo era diferente. El rojo era de auténtica sangre humana, la muerte era real, y un monstruo sin rostro, sin ficciones ni postizos, deambulaba como un invisible espectro de muerte, entre todos ellos. Ya había descargado tres veces, por no decir cuatro, su golpe de terror mortífero. En dos ocasiones acertó. Un cameraman y una veterana actriz, habían muerto en sus manos. Sus métodos eran de una escalofriante ferocidad.

Blake empezaba a saber lo que era el miedo, aunque no quería admitir tal posibilidad.

Pero aquella sensación de frío glacial que a veces invadía la sangre de sus venas y llegaba hasta su nuca, haciendo erizar los cabellos, ¿qué otra cosa podía ser si no miedo... o tal vez auténtico terror a lo desconocido?

—Vamos —suspiró finalmente Blake, tomando del brazo a la joven—. Creo que será mejor reunirse con los demás. Vera Conway está muerta, y mi guión deberá alterarse para permitir que sea Joyce Logan o Mae Morgan quienes tengan el papel principal y no sea preciso destruir lo ya rodado. Ese trabajo es mío y debo afrontarlo. Pero me pregunto si antes de poder abandonar este reducto del diablo, no habrá alguien más que haya muerto, haciendo imposible proseguir el rodaje de mi película...

La joven no objetó nada. Se limitó a asentir, caminando junto a Blake, camino de los exteriores donde ahora, en plena noche, iban a rodar, dentro de los decorados al aire libre de la Filmstar, una secuencia particularmente difícil. El escenario sería un cementerio brumoso, donde la falsa niebla producida por el hielo seco, se enroscaría entre las lápidas y cruces de escayola que fingían ser piedra o mármol, en un paraje sombrío y desolado.

Allí tenía que abrirse la tumba, y emerger de ella Mae Morgan, la diabólica enviada de las Tinieblas, con su cabellera negrísima, sus ojos fulgurantes, su sofisticada figura, envuelta en tules negras, y su piel blanquísima, de alabastro viviente.

Griffith y el propio Von Kraff, lívido éste, insensibles ambos al desaliento o la derrota, se disponían a continuar el trágico rodaje del último filme de la productora. El último filme también para algunos de ellos, sin duda de ningún género...

* * *

Aaron Kern sirvió café de un termo a Helmut von Kraff. Era un alto en el rodaje. El frío de la madrugada, no excesivo en Los Angeles, parecía ahora gélido en el falso panorama del cementerio cinematográfico. Sin embargo, algo de aquel ambiente parecía tomar una forma real, y hasta el escenario mismo resultaba a veces singularmente siniestro.

Tras el café, el realizador ingirió una dosis de brandy. Samantha se volvió desde su silla de script, dirigiendo una mirada significativa a Blake, sentado cerca de ella.

—Sólo hace eso cuando está muy decaído o desmoralizado —musitó—. Evidentemente, Von Kraff pasa un mal momento...

Blake asintió sin decir nada y Samantha se embebió de nuevo en su guión, que estaba lleno de anotaciones para controlar el racord, tarea fundamental en un script.

Fue entonces cuando Aaron Kern se inclinó sobre Blake, y éste captó las palabras susurradas junto a su oído, velozmente.

—Señor Hartman, necesito hablar con usted. He descubierto algo relacionado con el asesino, con el atentado de la ballesta en el departamento de utillería... Estaré dentro de diez minutos allí. No falte. Es importante.

Antes de que Blake pudiera responder, Kern, el conserje, estaba ya lejos de él, llevándose consigo el termo y el frasco de brandy. No se movió. No hizo gesto alguno que indicara, nada revelador para nadie, pero en su interior, una viva excitación empezaba a germinar.

¿Qué sabía Kern que tuviera tal importancia? ¿Era posible que hubiera descubierto algo relacionado con los sangrientos crímenes de la Filmstar?

Miró en derredor. Nadie había advertido nada, al menos aparentemente. Ni siquiera Samantha, la más cercana, había cambiado de actitud, anotando cuidadosamente detalles del rodaje en las márgenes del guión que sostenía sobre sus piernas.

Los demás, igualmente, estaban sumergidos en su tarea correspondiente y nadie parecía haber notado siquiera la aproximación fugaz del conserje a Blake Hartman. Este, disimulando a la perfección, encendió un cigarrillo con parsimonia, y se puso a contemplar el rodaje de la nueva escena del tétrico cementerio, iluminado fantasmalmente por unos reflectores especialmente dispuestos entre los Cipreses y panteones del decorado.

El terror que él creara sobre el papel mecanografiado, se desarrollaba allí, ante él, filmado por la cámara de la Filmstar. Pero ni siquiera él, como autor, le prestaba la menor atención. Otro terror, mucho más cierto y tangible que aquel que era fruto de la imaginación de guionista, tenía lugar fuera de las cámaras y focos, en la vida real. Y de ese terror que a todos acechaba, tal vez Kern sabía algo ahora. Sus palabras así lo daban a entender, esperanzadoramente para Blake, que ansiaba llegar lo antes posible al fondo mismo del macabro asuntó.

Miró disimuladamente su reloj, mientras Von Kraff hacía ensayar por dos

veces la escena, y la repetía luego, contrariado por el resultado de la primera filmación.

Transcurrieron seis minutos. Von Kraff, implacable, siempre en su rígido papel de director obstinado y severo, capaz de sobreponerse profesionalmente a las más duras circunstancias, insistió una vez más. Tenía que volver a rodarse la escena, y luego se iniciaría un largo travelling por el lúgubre decorado del cementerio. Blake aprovechó el momento para incorporarse y, silenciosamente, apartarse unos pasos, fumando su cigarrillo de modo distraído.

Paulatinamente, se fue alejando de la zona iluminada, y poco después cruzaba la oscura zona circundante, de césped bien cuidado, camino de los edificios de los sets para rodajes de interiores.

Recordaba muy bien el emplazamiento del departamento de utillería en cuyos siniestros recovecos corrieran él y Samantha tan grave peligro, bajo el impacto de la flecha disparada por una ballesta asesina. Poco más tarde, un minuto antes de los diez que le diera Kern para la cita, estaba ante la luz roja y la puerta del sombrío recinto repleto de heterogéneos objetos para el servicio cinematográfico.

Se adentró en el lugar, la mano hundida en el bolsillo, acariciando la fría rigidez de su «Beretta» calibre 32. Paso a paso, llegó hasta un punto donde una nueva bombilla lucía, supliendo aquella que él destrozó con su disparo.

—Kern... —susurró—. Kern, ¿está usted ahí? Soy yo, Hartman...

Nadie respondió, Posiblemente el conserje de los Estudios Filmstar aún no había llegado al lugar del encuentro. Decidió esperar, seguro de que el hombre no faltaría.

Mientras el rodaje continuase allá, en el camposanto, no había peligro inmediato. Todos los posibles sospechosos se hallaban reunidos en el decorado de rodaje.

Esperó cosa de dos minutos. Empezaba a impacientarse, cuando sonó un rumor de pasos cercanos. Se volvió cauto, apretando con más fuerza la automática. No la extrajo del bolsillo, pero encañonó a través del tejido de la chaqueta hacia la entrada del lugar.

—Kern —silabeó—. ¿Es usted?

—Sí —respondió la voz aún algo alejada—. Soy yo. No pude venir antes, lo siento. Me alegra que haya venido, señor Hartman. Es importante lo que debo decirle ahora...

Blake, fugazmente, se preguntó si no sería todo aquello una trampa y sería Kern el verdadero asesino, habiéndole conducido ingenuamente a una mortal emboscada.

Confiando en que no fuera así, dio unos pasos y habló a su vez, dispuesto a apretar el gatillo al menor indicio sospechoso.

—Entre. Estoy solo. Espero que, realmente, su informe sirva de algo.

—Seguro que sí, señor Hartman —la silueta de Kern se perfiló en la puerta de entrada—. Me sorprendí mucho cuando descubrí que...

En ese instante se apagaron las luces. Las dos: la roja del exterior y la bombilla del inquietante recinto de utillería, dejándoles sumidos en una oscuridad total.

—¡Eh! —Mascullló Blake—. ¿Qué diablos ocurre ahora?

—Me temo, señor Hartman, que ha habido un apagón —fue la respuesta de Kern—. Un apagón general. No se ve ninguna luz, ni siquiera en el decorado del cementerio...

Eso no le gustó a Blake lo más mínimo. Sin saber por qué, una incómoda sensación de temor, de angustia incluso, se apoderó de él. Aquella repentina oscuridad total no podía significar nada bueno. Ni siquiera creía que fuese casual...

—Espere, Kern —silabeó—. No se mueva de aquí por nada del mundo. No se fíe de nada ni de nadie. Voy a ver lo que ocurre ahí fuera. Luego hablaremos usted y yo. ¿De acuerdo?

—Claro, señor Hartman. Si quiere ir a los interruptores generales del alumbrado, están justamente al lado del set 9, entre éste y el decorado del cementerio.

—Me temía algo así —mascullló Blake—. Alguien ha accionado esos interruptores, sin duda. Ojalá llegue a tiempo de evitar una nueva víctima...

Salió con paso rápido, rozando en su marcha al conserje, repentinamente rígido, pegado al muro, junto a la puerta, y cuando alcanzó el exterior, comprobó que el informe de Kern era exacto. No había luz en parte alguna del estudio.

Sin embargo, mientras corría hacia el cementerio de cartón piedra y escayola, tomó del suelo una piedra y la lanzó contra la verja de los estudios. Se produjo un violento chispazo azul y un fuerte chasquido. El alto voltaje no había sido desconectado, por desgracia.

Debía depender de otro circuito independiente, y la conexión sólo el asesino sabía dónde se hallaba.

Cuando llegó a los interruptores, situados donde le dijera Kern, ya alguien se le anticipaba, accionando el resorte del cuadro. La luz volvió a la zona.

Blake y Aldo Griffith se contemplaron en silencio, ceñudos ambos. Era como si de repente sospecharan mutuamente el uno del otro. Fue el productor el primero en hablar, casi en tono de disculpa.

—Alguien manipuló esto. No se entiende de otro modo...

—Sí, lo supongo —Blake estudió pensativo el sistema de conexión de la energía eléctrica—. ¿Estaban rodando cuándo sucedió?

—Acabábamos de terminar el travelling. Von Kraff quería repetirlo, pero dio un breve descanso y entonces ocurrió... Eh, pero ¿dónde estaba usted en ese momento, Hartman?

—En otro lugar, intentando averiguar algo. Acabo de llegar aquí, se lo aseguro. ¿Recuerda si se ausentó alguien al suspender el rodaje?

—Bueno, varios se dispersaron en torno, y como los focos se apagaron para entonces, no me fijé en sus idas y venidas. ¿Qué teme, Hartman?

—No lo sé, pero no me gusta esto, señor Griffith. Vuelva al decorado y trate de localizar a todos. Compruebe si todo sigue sin novedad.

—Está bien, pero, ¿y usted? ¿Qué va a hacer?

—Tengo algo pendiente en determinado lugar. Seré en seguida con usted, no lo dude.

Ahora, permítame que me vaya solo. Es un asunto confidencial, por el momento.

Y sin aclarar más, Blake se alejó de Griffith que, perplejo, se frotó el mentón, regresando luego al lugar del rodaje, donde la confusión era absoluta y, por supuesto, el movimiento de los presentes, durante el espacio de tiempo que duró el apagón, era un perfecto enigma.

Iba pensando en ello mientras caminaba de regreso a la utillería de los estudios, preguntándose el motivo que pudo tener el asesino —no se le ocurría la posibilidad de otra persona— para apagar las luces en toda la Filmstar. Aquel siniestro juego con el desconocido criminal, empezaba a adquirir tintes alucinantes. Y, lo que era peor, tenía la seguridad de que su misterioso antagonista llevaba siempre la iniciativa.

Llegó frente a la luz roja que también empezaba a conocer ya. Siseó el nombre, tras murar a espaldas suyas y comprobar que nadie le seguía. Ya no podía fiarse de nada.

No observó detalle sospechoso alguno, y siguió adelante, resueltamente, repitiendo su llamada al conserje:

—Kern... ¡Eh, Kern, ya he vuelto! Salga, no tiene nada que temer... —y apoyó sus palabras en un gesto, sin importarle ya mostrar el arma que llevaba consigo.

Kern no respondió. Sin duda se había ocultado en el departamento de utillería durante el apagón y tenía miedo a confiarse antes de estar totalmente seguro de algo. Blake insistió, entrando en el recinto con precauciones:

—Vamos, Kern. Puede salir. No hay aquí nadie más que usted y yo, se lo aseguro. Ya podemos hablar, amigo...

Pero Kern siguió callado. Blake arrugó el ceño, intrigado. Quizá, a fin de cuentas, la oscuridad repentina había asustado a Aaron Kern y éste se marchó de allí en su ausencia.

Si era así, tendría que dar con él lo antes posible. Cada vez estaba más seguro de que la información que tenía Kern para él, debía de ser importante. No debía dejar de pasar el tiempo y correr el riesgo de que el asesino se enterara de ello.

Se dispuso a salir del departamento de heterogéneos objetos, cuando comprobó que, después de todo, no estaba solo en él. Había alguien más, alguien tras un armario, cuya sombra se recortaba amenazadora en el muro. Alguien que, tal vez, le estaba acechando en silencio, esperando un descuido suyo para arrojársele encima.

Sin vacilar, dirigió su arma hacia la figura oculta, Avisó, sibilante su dedo en el gatillo:

—¡Ni un movimiento o disparo! Salga de ahí, quienquiera que sea. ¡Vamos, salga inmediatamente! No dudaré en apretar el gatillo.

No hubo el menor movimiento, ninguna señal de vida en aquella figura inmóvil que permanecía medio oculta tras el saliente armario cargado de extraños objetos para uso del rodaje en los filmes de Griffith.

Blake Hartman no quitaba sus ojos de aquella forma. Avanzó paso a paso, temiendo alguna estratagema del peligroso asesino, pero nada de eso ocurrió. La inmovilidad de la figura era total.

Finalmente, Blake dio un salto hacia adelante, de modo imprevisible, y apoyó su arma en el cuerpo rígido que se ocultaba tras el armario.

—¡Ahora, un gesto, un ademán tan sólo... y disparo! —jadeó.

Pero tampoco su amenazado se movió en esta ocasión. Blake, estupefacto, se encontró frente a un cuerpo colgado del muro, con un grueso garfio enganchado en su cuello de modo brutal. Era eso lo que le impedía caer, porque de otro modo se hubiera derrumbado en el suelo. Estaba sin vida. Y era Aaron Kern, el conserje.

Alguien le había quitado la vida hundiéndole el cráneo con un mazo de hierro, rematado en una esfera erizada de pinchos. El arma medieval yacía a sus pies, llena de sangre y de cabellos humanos.

Luego, un alarido terrible de mujer, llegó a sus oídos.

CAPITULO VIII

Era la voz de Samantha Harris.

Blake estuvo seguro de ello, apenas le oyó. Giró la cabeza, todavía angustiado y trémulo por su horrible hallazgo, y separó los ojos de la espantosa visión que le ofrecía aquel rostro contraído, de ojos desorbitados, boca crispada, bañado en sangre que chorreaba por entre sus cabellos, procedente de la atroz hendidura abierta en su cabeza.

—¡Samantha! —Rugió alterado, sintiendo que la helada zarpa del terror congelaba la sangre en sus venas—. ¡Oh, no, tú, no...!

El grito, desgraciadamente, se repitió en alguna parte, fuera del departamento de utillería. ¡Y de nuevo era la voz de ella!

Saltó rápidamente atrás, olvidándose del infortunado Kern, por el que ni él ni nadie podía hacer ya nada, y se precipitó fuera de aquel lugar de pesadilla, para averiguar qué podía sucederle en esos momentos a la joven script.

—¡Samantha! —Rugió de nuevo, exaltadamente, Mientras corría todo lo de prisa que le era posible—. ¡Samantha, querida! ¿Dónde estás, qué sucede?

Un ronco gemido le llegó de alguna parte, causándole un escalofrío.

Era un indicio claro de que ella vivía aún, pero ¿cuál sería su estado, correría peligro su vida? Blake Hartman se hacía esas preguntas angustiosamente, mientras su carrera le llevaba cerca de donde oyera gemir a la muchacha.

Encontró a Samantha tendida en el exterior del recinto donde se hallaba el departamento de utillería, justamente a unos pasos de la puerta metálica. Estaba tendida de bruces en el asfalto del camino. La luz era escasa, pero le permitió descubrir sangre en sus cabellos y en su rostro, y su corazón sufrió un vuelco.

En un instante estuvo de rodillas junto a ella. La alzó, apoyándola en sus brazos, y comprobando con alivio que no le sucedería nada grave, si bien mostraba un profundo corte en su brazo derecho, otro sobre la ropa, que rasgaba su blusa y hería superficialmente sus juveniles pechos, y un tercero en la frente, casi sobre la sien, que era el que más sangraba. Estaba muy pálida, y su cuerpo temblaba espasmódicamente, entre los brazos de Blake.

—Oh, Blake, querido... —susurró, patéticamente, mirándole de cerca—. Gracias a Dios que has llegado...

—Samantha, ¿qué ha ocurrido? —Farfulló Blake—. He encontrado a Kern. El tenía algo que revelarme. Y le han matado. ¿Quién te hizo eso?

—Debía de ser el... el asesino... —musitó ella—. Yo había advertido que no estaba por ninguna parte. Tuve miedo, comencé a buscarte... Entonces, de repente, surgió esa sombra en la oscuridad. Iba como enloquecida, vi el brillo de unos ojos demoníacos, la expresión de un rostro aterrador... y entonces descubrí el arma en sus manos.

—¿Qué arma, querida, qué arma? —Susurró Blake, acariciando la piel

suave y sedosa de Samantha, al tiempo que limpiaba de sangre sus incisiones—. ¿Qué clase de arma te causó todo esto?

—Era..., era una de esas espadas de samurái, un sable japonés. Lo esgrimía con terrible fuerza. Por fortuna pude echarme hacia atrás, intentando huir... No temas, son heridas superficiales... De repente, tropecé y caí, al ver correr la sangre por mis ropas, más asustada que otra cosa..., y él escapó, emitiendo un rugido de fiera acosada. Mis gritos ya habían sonado, y tú habías respondido a ellos. Debió de sentir miedo... o no quiso ser descubierto...

—Te llevaré al botiquín —dijo Blake, resuelto, cargando con ella en sus brazos, aunque sin soltar la automática—. No hay médico aquí, pero curaré esas heridas. Por fortuna, no son demasiado profundas... Samantha, por el amor de Dios, tuviste que ver algo, su rostro, su figura... ¿No pudiste reconocerle, hacerte una idea de su identidad?

—Ya te dije que era un rostro horrible... El rostro de Sandor Lukas...

—¿Qué? —Se paró en seco Blake, mirándola con asombro—. ¿Su propio rostro, quieres decir?

—No, no —rechazó la joven, que sangraba aún, si bien se restañaba sus heridas con el pañuelo de Hartman, mientras él la conducía en sus brazos hacia el lugar donde se hallaban los demás cineastas—. Era el rostro que llevaba ahora... Esa horrible caracterización de monstruo, exactamente. Podría jurarlo, Blake...

—Lukas... —silabeó Blake roncamente—. De modo que era él... Bien, veremos lo que tiene que decir ahora nuestro viejo especialista en monstruos, Samantha,

Cuando llegaba al botiquín, se encontraron con los demás. Griffith, la Logan y la Morgan, Edwards, Taylor, Montagu... Se aproximaron todos a ellos, mirando con terror a la joven ensangrentada.

—Dios mío, Hartman, ¿qué le ocurre a la señorita Harris? —se alteró la voz de Aldo Griffith.

—Ya lo ve: heridas superficiales, por fortuna. Pero pudo ser mucho peor. El asesino mató también a Aaron Kern.

—¡Cielos, no! —boqueó Griffith, palideciendo.

—Y anda por ahí con una espada de samurái en sus manos, resuelto a matar a todo el que se le ponga en su camino. Es evidente que ha enloquecido definitiva y totalmente.

—Pero ¿sabe ya quién es?

—Tiene que ser Lukas. Veo que no está con ustedes.

—¡Lukas! —Jadeó Griffith—. No, no es posible...

—Samantha vio su rostro —confirmó Blake, mientras caminaba con la joven hacia el botiquín—. Era el de su actual caracterización. Tuvo que ser él. Supongo que Oscar Leeds no ha maquillado así a nadie más...

Leeds terció sobresaltado:

—No, claro que no. Pero ese maquillaje lo llevó otras veces Lukas, en películas como «El monstruo del infierno», «Gorko» o «El fantasma del

teatro»... Hay una mascarilla reproduciendo ese mismo rostro, en el museo de la Filmstar, recordando el día en que ganó el Oscar al mejor maquillaje especial...

—Pues ahora, ese rostro es el del verdadero monstruo, Leeds —dijo abruptamente Blake, mientras llegaba al botiquín con Samantha—. Ya pueden buscarle donde esté, antes de que sea tarde y cometa nuevos crímenes.

—Cielos, ¿dónde está Von Kraff? —preguntó de repente Mae Morgan, mirando en derredor con sorpresa.

—Helmut... —Griffith sufrió otro sobresalto al comprobar su ausencia—. Es cierto, hace rato que no le vemos... ¡Puede estar en peligro!

—Desde luego... —asintió Blake—. Sobre todo, si lo que causó la demencia asesina de Luke fue la muerte de Karin Crawford, quince años atrás. He estado seguro siempre de que Von Kraff mató a Karin. Y él lo sabe, sin duda alguna...

—Eso daría también cierto sentido a la muerte de Vera Conway —terció ahora la platinada Joyce Logan—, Todas sabemos que, en vida de Karin, Helmut se entendía también con Vera, aunque siempre ha sido tan posesivo que no permitiría que Karin amase a Lukas... La noche en que cayó Karin del torreón, matándose, se rumoreó que Vera y Von Kraff estaban juntos...

—Sí, eso explicaría muchas cosas —asintió Blake, ceñudo, mientras extraía de un armario desinfectantes, cicatrizantes y apósitos para curar a Samantha—. Tal vez entre ambos atacaron a Karin, la mataron... y luego arrojaron su cuerpo por el decorado del torreón. Y si Lukas sabe esto..., su víctima ahora será Helmut Kraff...

—Yo sé algo de primeros auxilios —dijo espontáneamente el periodista Taylor, humanizándose un poco—. He sido ayudante de un médico antes de dedicarme al periodismo, Hartman. Si no le importa que atienda a la señorita Harris...

—Hágalo, Taylor —admitió Blake, tras una vacilación—. Y gracias. Pero no se quede solo con ella. Que los demás permanezcan aquí también. Sigo sin fiarme de nadie. Usted, señor Griffith, venga conmigo, Trataremos de dar con Lukas, esté donde esté.

—¿No correremos peligro los dos? —dudó Griffith, medroso.

—No creo —sonrió Blake, mostrando su automática—. Ahora voy armado. Adelante, no hay tiempo que perder...

Ambos hombres abandonaron el botiquín, mientras Samantha era atendida y emitía con voz débil una advertencia a Blake:

—Ten cuidado, querido. No te fíes de ese hombre. Está loco y será capaz de todo...

Hartman se limitó a sonreír con cierta fiereza, cuando abandonó el lugar, Unidamente seguido por Aldo Griffith.

La búsqueda de ambos hombres, sin embargo, no iba a ser muy prolongada.

Tras un recorrido cauteloso de diversos sets en sombras, llegaron al

decorado de un viejo molino entre riscos. Todo allí era ficticio, como los demás escenarios de 1a Filmstar: el molino de tablas, los riscos de cartón de piedra, la hierba artificialmente plantada, un depósito de agua para hacer funcionar el sistema de un falso arroyuelo.

Sin embargo, en aquel escenario de un filme de terror, había algo verdadero y cierto, que hizo detener a los dos hombres, con un escalofrío de horror.

Era un cuerpo humano.

El cuerpo de un hombre abatido al pie de los riscos. Un hombre sin vida, con una espada samurái en sus manos. Yacía de bruces al pie del decorado.

Hartman le volvió boca arriba. El rostro espantosamente feo del monstruo que interpretaba Sandor Lukas se mostró ante ellos, rígido y deforme.

—De modo que, después de todo, era él... —susurró el productor Griffith, con voz ronca, contemplando la figura tendida a sus pies—, Y ahora... está muerto...

—Sí —asintió Blake sombríamente, tras tocar un lado del cuello, bajo la artificiosa faz de tremenda fealdad gótica, más propia de una gárgola que de un ser humano—. Está muerto... Se desnucó al caer por esos falsos riscos de cartón de piedra..., lo mismo que Karin Crawford se mató hace quince años, al pie del decorado del viejo torreón... Extraño, ¿no?

—¿Qué..., qué quiere decir, Hartman? —balbuceó el productor, confuso, dirigiéndole una mirada insegura.

—¿No se ha dado cuenta aún, señor Griffith? —Los ojos de Blake eran en estos momentos fríos y penetrantes, con una extraña luz excitada, allá en el fondo de sus grises pupilas—. ¿Recuerda lo que mencionó Oscar Leeds, su maquillador, sobre la máscara de cera que rememoraba el Oscar ganado hace años por la caracterización de Sandor Lukas en «El fantasma del teatro»? Mire esto...

Y con un simple gesto indiferente, la mano de Blake Hartman asió las facciones monstruosas del hombre muerto... y las arrancó con toda sencillez del rostro del difunto.

Ni siquiera era maquillaje. Era la máscara de cera, reproduciendo el rostro famoso del creador de monstruos de la Filmstar. Debajo de aquella mascarilla que Hartman sostenía entre sus dedos, asomó una faz muy diferente.

Aldo Griffith se quedó perplejo, muy pálido y confuso, contemplando el rostro ahora visible a la escasa luz de una de las farolas próximas, situada en los senderos de asfalto de la productora.

—Dios... —jadeó—. ¡No es Lukas...!

—No, señor Griffith —meneó Blake su cabeza sombríamente—. No es Sandor Lukas, después de todo. El hombre muerto es el que yo me temía: Helmut von Kraff, nuestro gran realizador...

Así era. Las facciones germánicas del director, incluso con su monóculo absurdamente enganchado sobre su ojo, aparecían ahora, con la rigidez de la muerte, bajo la máscara de cera que Blake arrancara de allí un momento

antes...

—Pero ¿y Lukas? —gimió Griffith, angustiado, mirando en torno.

—Eso... lo ignoro —confesó roncamente Blake—. Y me gustaría saber dónde está... antes de que sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para que se cometa otro crimen aquí dentro... —fue la temerosa frase que pronunció Blake con voz apagada.

* * *

—Es inútil. No aparece por parte alguna.

Era el último informe esperado. La búsqueda había resultado un fracaso absoluto.

Nadie encontró, en parte alguna el menor rastro del paradero de Sandor Lukas, el creador del monstruo.

Blake no dijo nada cuando el reportero Maxwell Taylor le dio ese postrero informe.

Todos habían realizado esa búsqueda en parejas, para evitar riesgos. Cierto que cada uno pensaría, sin duda, que su acompañante podía ser el criminal misterioso, caso de no serlo Lukas, pero el hecho de que éste hubiera desaparecido sin dejar rastro, tras morir violentamente Helmut von Kraff con el cuello roto — ¿por la caída o por la acción violenta de alguien?—, parecía dar a entender que, a fin de cuentas, él era el culpable.

Los cadáveres de Art Miller, Vera Conway, Aaron Kern y Helmut von Kraff, reposaban al fondo del set número 9, a la espera de poder ser evacuados de allí cuando pudieran abandonar los estudios. Griffith había sugerido la posibilidad de tener que guardar los cuerpos en un refrigerador, si el tiempo transcurría, para evitar la descomposición de los cadáveres.

Samantha, con apósitos sobre sus heridas, se hallaba junto a Blake, muy pálida y abatida desde que sufriera el feroz ataque del asesino fugitivo. Parecía haber perdido bastante de su habitual energía y decisión, y no se le podía reprochar nada por ello.

Cualquier otra mujer, en sus circunstancias, hubiera estado mucho peor aún.

—Bien, Hartman, virtualmente, el caso está resuelto —era el periodista Maxwell Taylor quien hablaba, sentándose en el borde de la mesa ante la que Blake se había sentado, fumando pensativo—, Ahora, hablemos amistosamente de todo esto. Confieso que me equivoqué, y ni esto era un sucio truco publicitario, ni yo voy a ensañarme con ninguno de ustedes en mi crónica. Estamos viviendo una experiencia común lo bastante ingrata como para que piense de otra manera y me disculpe ante todos ustedes por mis impertinencias de anoche. Lo que me gustaría es saber su teoría, la explicación que, a su juicio, tiene todo este sangriento caso. Como usted, además de guionista, parece haberse convertido en detective del asunto...

—No soy un detective ni trato de investigar nada —replicó Blake, sin acritud, mirando al periodista, que parecía mucho más tímido y honesto que al inicio de la trágica velada en los Estudios Filmstar—. Lo que sucede es que siempre me apasionaron los misterios, sobre todo los que aparentemente no tienen sentido. Cierto que éste parecía el caso de un loco sediento de sangre. En el fondo, no deja de ser así. Pero es una locura con un motivo, digamos una especie de paranoia o de psicosis criminal. Había un motivo para matar y mató.

—¿Qué motivo podía haber para matar a Miller el cameraman, o para atentar contra usted y Samantha Harris? —dudó el reportero.

—Quizá ninguno en concreto. Creo que el asesino pensó en hacer sus motivos por un simple caso demencial, sin razón ni objeto, cuando en realidad era algo muy diferente. Miller murió, como pudo haber muerto otro cualquiera. Luego, pensó en atacarnos a nosotros. Pero sus víctimas estaban bien definidas desde un principio: Vera Conway y Helmut von Kraff. Todo iba destinado a acabar con ellos. Era una vieja venganza. Vida por vida. La muerte de Karin Crawford fue, sin duda, cosa de ellos dos. Y tenían que pagar con su vida. Así ha ocurrido después de todo.

—Una venganza por amor... quince años más tarde de suceder el hecho —Taylor meneó la cabeza dubitativo—. ¿No esperó demasiado tiempo el infortunado Lukas para vengarse?

—Sí, eso es evidente —Blake arrugó el ceño—. Es lo único que me sorprende en todo esto. Pudo haberlo hecho mucho antes, no esperar a que se rodase el último filme, pero así son a veces los extraños recovecos de la mente humana, Taylor.

—Tenía entendido que Karin tuvo un hijo —dijo bruscamente la platinada Joyce Logan, avanzando con un cimbreo de caderas—. ¿Qué habrá sido de él?

—¿Un hijo de Karin Crawford... y de Von Kraff? —se extrañó Blake, clavando sus ojos sorprendidos en la «vamp» mítica de la Filmstar.

—No, no de Von Kraff, sino de ella. Nadie supo quién era su padre, o cuando menos, no se dijo entonces. Ya sabe lo que sucedía en esa época con nosotras, las «stars» de Hollywood. Nos estaba prohibido aparecer como madres. Los productores ocultaban a todo el mundo la matukad de todas nosotras. Pero recuerdo que Karin me habló algunas veces, confidencialmente, de su criatura oculta, de la que nadie sabía nada.

—¿Qué edad tenía entonces ese hijo? —se interesó Blake.

—No recuerdo bien... La rubia «vamp» meditó, y al final hizo un gesto vivaz—. Sí, creo que tenía entonces unos nueve años o cosa así. Estudiaba lejos de Hollywood, en un colegio para internos, en San Diego... Fue todo lo que supe del asunto. Yo también tenía mi propio hijo por entonces, y tampoco debía revelarlo a nadie. Hubiera sido mi ruina profesional.

—Nueve años... —reflexionó Blake— Ahora sería todavía muy joven... Me pregunto qué habrá sido de él, después de morir su madre. Quince años de

silencio, de olvido, de soledad...

Inclinó la cabeza. Cerca de él, Griffith comentó ahora con tono ligeramente amargo:

—Quise ocuparme del futuro de ese hijo del que Karin nunca habló, pero me fue imposible localizarle. Sin embargo, un día hallé en el camerino de Lukas un giro telegráfico a San Diego, a un colegio cuyo nombre no recuerdo bien, pero que era algo así como Nuestra Señora del Socorro, o cosa parecida. Un colegio católico, por supuesto...

—¿No recuerda el nombre del destinatario? —indagó Blake, curioso.

—Sólo el apellido: Crawford, naturalmente. Era un hijo natural. Creo que sus iniciales eran S. H. Crawford, sí... Sólo eso recuerdo...

—Bien, de todos modos, es Lukas quien nos interesa —suspiró Blake sombríamente—. Seguiremos buscándole. Necesitamos que nos explique, cuando menos, cómo desconectar la valla alambrada. Está a punto de amanecer, y esa alta tensión es un peligro para todos. Para nosotros y para cualquiera del exterior que se aproxime a ella. Si lo que el asesino pretende es provocar un apocalipsis en los Estudios Filmstar, con un holocausto masivo de todos nosotros, no sería justo que con ello sacrificase a los que nada tienen que ver con este extraño mundo de ficción, donde a veces la sangre y los monstruos puede llegar a ser tremendamente reales...

—¿Qué sugiere que hagamos? —Se interesó Gregg Edward, enjugándose el sudor de su rostro con el pañuelo, una vez más—. Cuando en mi empresa me echen de menos, avisarán a la policía. Habrá escándalo, problemas...

—Lo supongo, señor Edward —sonrió Blake—. Todos tenemos problemas suficientes, sin necesidad de que aparezcan los de su inmobiliaria. Antes de que busquemos de nuevo a Lukas, creo que será mejor que compruebe algo en el departamento de utillería.

—¿Otra vez allí? —se estremeció Samantha, mirándole angustiada—. Por Dios, Blake, ¿qué pretendes? Tengo miedo de que vuelvas a ese horrible lugar...

—Pero debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Aaron Kern murió por quererme revelar algo que nunca llegó a decir. Y ese algo se refería al tirador de ballesta que nos atacó. Quisiera saber lo que es, Samantha.

—Pero Kern ya no existe...

—Claro que no. Sin embargo, tal vez allí todo siga igual y el asesino no haya tenido ocasión de ocultar alguna huella delatora. Tuvo que hacer demasiadas cosas en los últimos momentos de acción: matar a Kern, herirte a ti, matar a Von Kraff, aplicándole la máscara de cera, robada del museo de los Estudios...

—Blake, ¿no será eso arriesgarse en vano? —temió Griffith.

—Quizá —Hartman se encogió de hombros—, Pero tengo el presentimiento de que en ese lugar, precisamente ahí, está la clave de todo

esto. Algo que puede conducirnos directamente al paradero del asesino. Y no quiero perderme esta oportunidad por nada del mundo. Iré, amigos míos, ocurra lo que ocurra. No se mueva ninguno de aquí.

—Blake...

Se volvió lentamente. Era ella, Samantha, quien le interpelaba. La miró con ternura.

—¿Sí?

—Blake, quisiera... ir contigo. Me sentiría mejor.

—Tú lo has dicho, Samantha. Puede ser arriesgado...

—A tu lado, no me importa —suspiró ella—. No temo a nadie.

—Está bien —decidió tras una leve vacilación—. Vamos, querida.

Extendió su mano. Ella la tomó. Apretáronse ambas, con fuerza y calor. Se miraron a los ojos. Se sonrieron. Y salieron del lugar, seguidos por las miradas curiosas de todos los presentes.

Cuando llegaron al departamento de utillería, todo continuaba igual. En el garfio del muro donde colgaran a Kern —un garfio utilizado para colgar útiles del almacén—, se veía aún un siniestro reguero de sangre, pared abajo. Samantha se aferró, con un estremecimiento, al brazo de su compañero.

—Este sitio me da escalofríos —musitó.

—No es agradable, ciertamente —los ojos de Blake recorrieron las figuras de animales disecados, las panoplias de armas, las armaduras, los objetos diversos, que a la luz de la bombilla parecían agigantarse en deformes sombras sobre el muro. Tras un silencio, añadió sordamente—: Es extraño, Samantha...

—¿Qué es lo extraño?

—Incluso el cadáver de Kern, colgado tras ese armario, fue visible antes, cuando llegué aquí.

—¿Y...?

—Sin embargo, no llegué a ver ni oír al asesino cuando disparó su ballesta ni cuando escapó de aquí. Ni una sombra, ni un ruido. Sólo la fugaz visión de la ballesta, en el momento de! disparo...

—Debió actuar muy cautelosamente —musitó ella—. Y se fue sin hacer el menor ruido.

Tuvo que ser así, ¿no?

—No lo creo —rechazó Blake sordamente—. Personalmente, pienso que no llegó a abandonar nunca este lugar.

—¿Qué? —se asombró ella—. Pero... pero entonces... hubiéramos echado en falta a alguien, cuando regresamos con los demás. Y estaban todos...

—Cierto. Estaban todos. Sin embargo, Kern descubrió aquí algo anormal, relacionado con esa ballesta... Y creo que sé lo que es...

Samantha, sorprendida, vio como Blake apartaba violentamente a uno de los gatos disecados, se inclinó tras una armadura... y alzó entre sus manos la pieza de la ballesta... unida a un delgado cable tenso, cuya prolongación no era visible todavía.

—¡La ballesta! —exclamó ella—. ¿Qué hace ahí todavía?

—El asesino no tuvo tiempo de retirarla, ya lo dije. Le faltó ocasión para ello. Tenía que actuar muy deprisa, en momentos adecuados, para no delatarse a sí mismo, Samantha,

Mira esto: el cable está unido al muelle tenso de la ballesta. Siguiéndolo, hallaremos dónde termina, o dónde pudo ser impulsado para disparar automáticamente la ballesta,

Y siguiendo el cable con ambas manos, Blake terminó hallando una especie de pulsador, a ras del suelo, junto al armario de las armas cortas de fuego. Lo mostró, triunfalmente.

—Aquí lo tienes —dijo.

—¿Qué es eso? —los ojos de Samantha no se apartaban de aquel cable.

—El resorte de disparo. Bastaba pisarlo, y el dardo partía, clavándose en un punto ya elegido: ese armario. En resumen, Samantha, el asesino nunca estuvo aquí esta noche cuando nos dispararon el dardo.

—¿Qué... qué quieres decir? —susurró ella, mirándole con estupor.

—Creo que lo sabes muy bien, Samantha —dijo con lentitud Blake, clavando ahora sus ojos en ella—. ¿O prefieres que te llame Samantha Harris Crawford, o S. H. Crawford?

Ella dio un paso atrás, repentinamente lívida.

—Lo sabes... jadeó.

—Sí, lo sé —dijo tristemente Blake Hartman—, Sé que tú pisaste ese resorte y disparaste la ballesta, para crearte la mejor coartada del mundo. Pero Kern lo descubrió luego. Sé que eres la hija de Karin Crawford, porque tu edad coincide plenamente, y no era un hijo lo que tuvo, sino una niña. Por eso el colegio era religioso, de monjas sin duda.

Y sé que tú, querida Samantha... Tú mataste a todas esas personas.

CAPITULO IX

—Podría matarte ahora, Blake, a pesar de tu pistola —sonrió ella con tristeza, tras una larga, interminable pausa—. Puedo hacerlo. Tengo trucos para ello. Y tú no tendrías valor para dispararme...

—No estés tan segura de eso. De todos modos, sé lo peligrosa que eres. ¿Vas a matarme, Samantha? ¿Lo intentarás, cuando menos?

—No. No valdría la pena —suspiró ella—. Además, creo que me he enamorado realmente de ti. Es una tontería, pero hasta una mujer criada en el odio y en la venganza, en el deseo de vengar a su madre asesinada, puede llegar a sentir amor por alguien, aunque ese alguien sea su peor enemigo.

—De modo que fue así... Ellos la mataron, ¿no?

—Sí. Ellos dos: Helmut von Kraff y Vera Conway. Los muy cerdos.., ,E1 no consentía que mamá le dejara por otro. Y ella, Vera Conway, era una maldita viciosa, cruel y dominante.

Debió golpear a mamá. Y ambos resolvieron hacerlo pasar por un accidente. Sandor Lukas siempre lo supo. El sorprendió una conversación de ambos, esa misma noche, junto al torreón. Pero no tuvo valor para vengarla. Yo, sí.

—De modo que Lukas... siempre supo que tú, Samantha Harris..., eras la hija de Karin.

—Claro. Siempre lo supo. No deseaba sangre. Pero era inevitable.

—¿Por qué mataste a Art Miller? El nada tuvo que ver...

—Art no fue muerto caprichosamente, Blake. Era el único, aparte Lukas, que conocía mi origen. Había obtenido casualmente unas viejas fotos de mamá, conmigo. Me identificó al llegar. Antes de iniciar mi venganza, tuve que matarle.

—¿Y por qué tanta sangre, tanto horror, tanta crueldad?

—No me disgustaba jugar con el pánico de Von Kraff y de Vera. Era una forma de morbosa diversión. Además, había el truco, la coartada de la existencia de un falso toco...

—Pero Lukas te quería ayudar, te ayudó siempre. ¿Por qué culparle a él?

—Yo nunca le culpé a él de nada. Sabía que sufriría con mi venganza, pero eso era todo.

Sólo que al final... resolvió terminar a su modo las cosas. No pude evitarlo. Llegué tarde, Se suicidó.

—¿Lukas? ¿Y su cuerpo, Samantha?

—Lo hallarás donde se mató. En el decorado del cementerio, dentro de una tumba.

Creo que quería hacerse pasar por el verdadero asesino para salvarme a mí. Pero no puedo permitirlo. El era bueno, no merece un recuerdo así. Yo los maté a todos. Y no me arrepiento de ello.

—Ahora lo entiendo. Viniste a matar a Kern. Eras la única persona que

pudo oírle citándome. Luego, mataste a Von Kraff, le pusiste la máscara de cera, volviste, te cortaste con algo y ocultaste ese arma. Un sable samurái te hubiera causado heridas más profundas, a poco que te alcanzase. Y también más anchas.

—Tienes razón —sonrió ella con frialdad—. Utilicé una daga que enterré cerca de donde me hallaste, bajo un seto, ya herida.

—Te bastó fingir que acababan de herirte, para que yo buscara al culpable, a quien tú describiste como si fuese Lukas caracterizado. Y eso coincidió con el hallazgo del cadáver de Von Kraff, enmascarado.

—Ya para entonces, el pobre Lukas se había matado —murmuró ella con amargura—. A él nunca le hubiera causado el menor daño. Fue el único en portarse bien con mamá, conmigo... Pobre Lukas...

—En realidad, creo que ya nada le ataba a este mundo. Pero tú. Samantha, con tu delirante sed de venganza, le condujiste a morir. Ahora, ¿te sientes satisfecha?

—No lo sé, Blake. La venganza es amarga. También lo es el odio. Creo que nunca estaré realmente segura de que sea feliz así, de que todo haya estado bien hecho. Quise crear mi propio grand-guignol, mi mundo de monstruos y de sangre, coincidiendo con el fin de la Filmstar. Y ahora me siento tan vacía...

—Vamos, Samantha —Blake la tomó por un brazo cansadamente—. Vas a decirme dónde está el contacto del alto voltaje, ¿no es cierto?

—Sí, claro —le sonrió con tristeza—. Dios mío, Blake, ¿por qué no te conocería antes?

Tú hubieras podido cambiar mi vida toda.

—Ya es tarde para eso, Samantha.

—Sí, ya es tarde —susurró ella. Besó los labios de Hartman. Le miró con larga y profunda mirada—. Demasiado tarde para todo. Vamos, Blake.

* * *

La rubia Sandy no era lo mejor del mundo, quizá. Pero era una mujer, tenía hermoso cuerpo, estaba enamorada de él y, además, no pensaba en asesinar a un montón de gente en medio de un festín de sangre.

Tal vez por eso, a la noche siguiente Blake Hartman se reunía de nuevo con su amiga de aquella ocasión en que celebrara su éxito inicial en el cine, buscando un poco de ternura, un poco de pasión y un mucho de olvido.

Y encontró casi todo eso, porque Sandy era una chica atractiva y complaciente como pocas. Lo único que no pudo lograr, es que olvidara totalmente a Samantha Harris.

Eso iba a ser difícil. Muy difícil.

Cuando otro realizador y otros actores terminasen su película, cuando los Estudios Filmstar fuesen derruidos y la inmobiliaria de Gregg Edwards se alzase en los antiguos terrenos de la famosa productora de cine terrorífico, él

posiblemente no habría podido olvidar aún a Samantha Harris.

Hay cosas y personas que nunca pueden ser olvidadas. Ni siquiera aunque esa persona haya sido recluida a perpetuidad en un sanatorio psiquiátrico, salvándose así de la prisión y, tal vez, de la cámara de gas.

Pero había chicas como Sandy. Chicas normales, que no albergaban odio y muerte en el corazón. Por eso siguió viendo a Sandy con frecuencia. Y por eso era la misma rubia y esplendorosa Sandy la que le acompañaba a la premier brillante que, una noche en Hollywood, se ofreció para la presentación de su película, la última de la Filmstar. La publicidad trágica de la dantesca noche en los estudios, aislados del mundo y encerrados con un despiadado asesino, hizo que el éxito inicial de la película fuese ya considerable.

Incluso Maxwell Taylor, del Screenland, fue uno de los reporteros que mejor trató a la producción de Griffith, quizá en recuerdo de su alucinante rodaje. Para él, cuando menos, muchos de los horrores que la cámara captaba, no eran sólo ficción, sino reflejo de una realidad estremecedora que, como todos los demás personajes de la tragedia, vivió él en toda su intensidad.

Pero Blake Hartman, llevando de su brazo a la deslumbrante belleza de Sandy, su actual compañera, al abandonar el cine donde se había exhibido el filme, no pudo por menos de dedicar un recuerdo más a la persona que, guiada por el odio y el afán de venganza, fue capaz de desencadenar el último horror de la Filmstar, y se limitó a musitar, conduciendo a Sandy a un lujoso restaurante cercano, para celebrar el triunfo inicial de su carrera de guionista:

—Querida, vamos a divertirnos. Sin sangre y sin monstruos. Después de todo, la Filmstar ya no existe. Seguramente no volveré a escribir ningún otro guión de este género. Pero algo sí te aseguro; que jamás, por mucho que viva, olvidaré ese primer guión... ni a los seres que en su rodaje intervinieron. A ninguno de ellos. A ninguno...

Y al decir eso, pensaba especialmente en uno.

Pero de eso, no habló nunca con Sandy. No valía la pena.

FIN